

EL CANTAR DE LA PALABRA

Antología Literaria



23 Escritores de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana

Bogotá, 2017 - 2018

ANTOLOGÍA LITERARIA

EL CANTAR DE LA PALABRA

Veintitrés escritores del proyecto de Humanidades y
Lengua Castellana

Coordinadores y responsables del proyecto

William Pascagaza Jiménez
Kely Yohana Galeano

Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Bogotá, 2017 – 2018



Título: Antología Literaria - El cantar de la palabra

Primera edición: Abril de 2019

Compilación: Coordinadores del proyecto
William Pascagaza Jiménez y Kely Yohana Galeano

Revisión y edición: Comité de *El cantar de la palabra*

Diseño y composición: William Pascagaza y Kely Yohana Galeano

Diseño de portada: Edgar Alfredo Gómez

Bogotá, 2017-2018



lapalbraliterariaud@gmail.com

Créditos

Oscar Bello Cubides
Germán Diego Castro
Carlos Fajardo Fajardo
Pedro Vargas
Christian Torres
Alexander Castillo
Rubén Muñoz Fernández

Docentes lectores

Edgar Alfredo Gómez

Diseñador de portada

Anderson Alarcón Plaza
Diego Alejandro Rodríguez
John Anderson Vargas

Colaboradores

Contenido

Presentación a cargo de los coordinadores del proyecto	2
La habitación en que porfiamos	3
Sublevaciones del silencio	5
Poesía	8
II.....	9
De cada día	10
Preludio	11
Un camino	12
Tonada nocturna.....	13
Si mañana despierto	14
Miedos	15
Toda la caballería	16
Del compositor II.....	17
Poemas sin tiempo ni nombre	18
Elegías a Rilke	21
Hierofante.....	26
Praesto et persto	27
A Solsticio.....	28
Diciembre 96.....	29
Miedo.....	30
La esfera	31
Fúndete en mí	32
La flauta del sátiro	33
Astaroth	34

Estridulitrum	35
Instrucción al músico principiante.....	36
Alzheimer	37
Clamor desde el averno	38
Cadena alimenticia.....	39
Canción para Magdalena	40
Como el fuego.....	41
Confesiones: Una luz que se apaga es la vida.....	42
La auténtica tentación.....	43
Los días perdidos.....	44
Cuentos	45
Después de todo es agosto.....	46
Historia de un caballo	49
Migajas	51
Último cantar de Misael en San Ignacio.....	53
¡Como el cielo!	56
El cielo de las ratas	58
Las voces de las plantas	60
El arte de fumar.....	64
Paradise city.....	68
De cómo a veces las guitarras rotas suelen convertirse en cadáveres insepultos.....	69
Las moscas.....	73
Caminando	74
Barrillete cósmico	77
El olvido	79
La cena	80
Los autores	82

PRESENTACIÓN A CARGO DE LOS COORDINADORES DEL PROYECTO

LA HABITACIÓN EN QUE PORFIAMOS

*“Y con mi aliento puro
comienzo a cantar hoy
y no terminaré mi canto hasta que muera”*

Walt Whitman

Cuando, hacia finales del año 2016, decidimos realizar la antología que aquí se presenta, en lo primero en lo que medité es que su concreción sería un auténtico canto, un espacio creado para dar oídos a las voces de los escritores del proyecto curricular de Humanidades y Lengua Castellana. Ello, porque he sabido aferrarme a la concepción de que la literatura, de alguna manera, mantiene aún algunos rasgos de su origen primitivo como música, forma de cantar la vida trágica o feliz, con las notas de la dicha o el desamparo. En tal sentido, *El cantar de la palabra*, título que le hemos dado a este proyecto, busca caracterizar esa manera particular en que usamos el lenguaje para alabar o denostar nuestro viaje cotidiano por el mundo.

A continuación, como apertura de esta antología, me permito una pequeña reflexión acerca de la palabra poética -o poesía en general-, entendiendo que esta pertenece también de una forma muy particular a ese universo de la narración. Porque, en definitiva, ¿no se trata de habitar un lenguaje que está permanentemente a nuestro acecho, para que nos celebremos o dolamos a través suyo, elevándonos (o hundiéndonos) un poco sobre (bajo) nosotros mismos?

Hacia el final de uno de sus viajes por los confines de la palabra, Liliana Bodoc menciona que la poesía es una de las máximas alturas a las que podemos aspirar como especie, por su inutilidad, pues sólo en lo que creamos más allá de lo urgente o útil -es decir lo inmediato, lo plástico-, somos realmente libres. Asimismo, Eugenio Montale, en su discurso de recibimiento del nobel, diserta acerca de los límites cuasi invisibles que tiene la poesía como forma de trascendencia del ser, a pesar de su condición de artificio “mortífero” -aunque no tanto, dirá él, como las bombas atómicas-; es decir, como lugar en donde, pese a que no es posible suspender las heridas, ya que lo que sucede en muchos casos es su prolongación, es necesario y posible vivenciar la guerra, provocar la violencia, alzar la voz contra el prójimo, exasperar la llama contra el ser—sea el mismo o el ajeno, los ajenos—, sin anular su existencia; lo que viene a ser, en últimas, cantar la vida en su carácter a un tiempo simple y fatal, sencillo e insondable.

Habitar la palabra poética significa entonces poder cantar la existencia, ejercerla libertad del dolor o el delirio, puesto que al constituirse artificio inútil nada la ata a nosotros, la contemplamos con la levedad de quien se sabe finito, necesitado de decir y decirse... cantarse y contarse.

Quizá, pienso ahora, tal libertad se deba a dos cosas especialmente, entre otras. La primera es que, no obstante la lengua se constituye normatividad y normalización de sus hablantes, la poesía se convierte en lugar de la trasgresión de ella, como vástago en deliberada orfandad. Es a lo que llama Jean Cohen, la desviación de la norma. La segunda es que la palabra poética tiene el poder, parece ser, de ir más allá de la palabra misma, indagando las oportunidades inconmensurables que en cada rincón del mundo nacen y terminan para la existencia humana. Bien decía Juan Gelman que la poesía se mantiene de pie contra la muerte, el olvido, el destierro, la vida toda. Asimismo, junto a ella, más allá de ella, se sentó sobre sus muertos del treinta y seis Miguel Hernández, a cantarlos en medio del dolor y la frustración.

Ambas formas de la libertad son, en últimas, tentativas de romper ciertos límites; porque se anda a tientas, se escribe a tientas, se buscan las palabras en su calle, como cantara animosamente Cees Noteboom, para ir más allá del propio hacer con la lengua, lo que es decir para cantarse o contarse a sí frente al mundo. Después de todo, como recordará Octavio Paz en *El Arco y la Lira*, las palabras no nos han sido dadas para nuestro servicio, sino que somos ellas mismas caminando, las tenemos dentro y las somos en el pan y en el vestido; y sí el lenguaje poético es transgresión y trascendencia, nosotros mismos, al poetizar o dejarnos poetizar, al escribir o leer literatura en general, podemos ser momentáneamente libres para llorar y gemir, bienvenir la vida o albergar la idea de la muerte, enfrentar la injusticia y denunciar el silencio, alabar la vida o lamentar la ausencia.

Bienvenidas sean entonces, por estas razones -y por muchas más aun-, a nuestro universo musical de saludos y de adioses, todas las palabras que componen esta antología, cantos que seguramente dicen un poco de cada uno de quienes las escriben, estudiantes que, a través de la palabra, se aprestaron a contarse y cantarse de literatura.

William Pascagaza Jiménez

SUBLEVACIONES DEL SILENCIO

Con los rostros antaño vivos auestas, con tantas memorias forjadas por el tiempo, contando con la dulzura con la que arremete el peso de la vida, he de reconocer que ha sido todo un reto pensar, no sólo en detener la invisibilización de mi voz, sino de tantas presencias poéticas que se han perfilado cual artífices de la esperanza después del tránsito por los baldíos territorios de este mundo, a más, teniendo en cuenta que existe también la soledad en esas tierras y parece muchas veces arrasarlas.

El silencio que acompaña la escritura es todo un ejercicio de la belleza que parece tomar un nuevo y fresco talante cuando decide sublevarse; entonces, una multitud de fantasmas emerge de entre la niebla del olvido, dispuesta a no desintegrarse en el tiempo sin haber sido parte de la historicidad del mismo y, como un fuego constante, caminantes herederos de la nostalgia y la cadencia de antiquísimas risas, conversan con el amanecer y en sus palabras se reúnen las voces del viento.

Cantamos hoy porque el sólo hablar no está permitido a quien padece de nostalgia.

Cantamos por un dolor que llevamos profundamente incrustado en el pecho

y que aprende a dolerse en cada suspiro.

Pero también, y no se olvide jamás esto,

cantamos para celebrar la ceremonia ineluctable de la vida.

Profesamos palabras que clarean al cielo cubierto de herrumbres,

pero jamás podremos atar la barca a un muelle resistente...

¡Oh, Caronte! ¿Quién osara cantar ante el navío de la muerte?

Brindo por aquellos que lanzaron sus palabras al viento *aneblinado* de la mañana,

por los rictus y los estertores que acompañarán su postrer vuelo.

Un canto se ha elevado al unísono y parece que ha quebrado el firmamento;

en una danza eterna, serenamente, surgen cual enigma

los rostros que brotaron de aquella herida

desde la silenciosa memoria y el ensueño,
como escapando de otros cielos cual aves migratorias,
como voces olvidadas que buscan amables tierras en las cuales dejar sus vestigios.

Kely Yohana Galeano

Dedicado a la comunidad universitaria en general.

POESÍA

II

Avanzan,

avanzan, sí que lo hacen,

avanzan

RETROCEDEN,

avanzan, continúan avanzando

avanzan

Retroceden,

retroceden

se han quedado atrás

¡RETROCEDIERON!

No abandonan la

O

R

I

L

L

A

Temen forjar caminos

Socavan sus huellas

Pierden humanidad

Vuelven al salvajismo

Pero,

avanzan,

su ciencia

avanza

avanza a gran velocidad

Retroceden

No lo notan

¡Son presos de las **cavernas**!

Esperanza Umaña

DE CADA DÍA

Este perro moribundo ya no ladra,
no te suelta la tripa,
no se espanta.

Entró en un descuido y afuera llueve,
sabe de ese plato imposible en la nevera,
de esa mitad de certeza congelada.

Siguió el camino universal de los mosquitos,
dio vueltas y se echó en sus pasos.

Afuera se juntan y desaparecen los caminos,
de nuevo esta sin irse, sin quedarse.

Este perro llegó a causa de hambre,
se quedó por huir del frío, señor de las calles ciegas.

Ahora se duerme con música de árboles lejanos,
fuego de aire, alto y consumido.

No puede parar de seguir su aliento
y callar su hambre
de cada día.

PRELUDIO

Esta palabra se va de mí,
fija en su aire, en su caída.

Su huella, ancla y anzuelo,
deja a la intemperie un frío cuerpo.

Semilla fugada, raíz del tiempo.

UN CAMINO

Camino, la huella prueba el paso de las horas.
Las sombras crecen, ya termina la escena del ocaso.
La ausencia es un trazo de noche muda tras las ventanas a oscuras.
Sigo el huérfano camino que muere al callar el paso.
Acaba el tiempo.

Nidia Martín

TONADA NOCTURNA

En mi casa el silencio es mi invitado.

Le acaricio los cabellos y lo invito a dormir.
Nos tomamos de la mano y caminamos,
despacio, sobre el ruido de la mañana.

Somos amigos y a veces amantes.
Al despertar, nos miramos a los ojos
y sabemos –lo peor es que lo sabemos–
que alguno de los dos tendrá que partir.
Nos damos el último beso, el último abrazo,
y, para que ninguno quede triste, nos vamos los dos.

Es entonces cuando, desde lejos, nos miramos
y nos decimos adiós con la mano
pues sabemos que no nos queremos ir, pero lo hacemos.

Pasan días, incluso años, para volvernos a encontrar,
y cuando nos vemos, yo le acaricio los cabellos.
Pero el silencio ya está viejo y está ciego
y yo ya no lo quiero más.

SI MAÑANA DESPIERTO

Si mañana despierto el agua subirá hasta mi cuello
y las lágrimas me inundarán los ojos
logrando así que mares y ríos confluyan
en el éxtasis orgásmico del encuentro ya esperado.

Si mañana despierto, la luna me dará en la cara
y yo no podré verla, pues los ojos se me quedarán
en otros que me acompañaron antaño.

Si mañana despierto poco podré decir
y ya los pies no responderán;
las palabras y los pasos serán mis enemigos.
Los recordaré como esa vida que me niego a barajar
y que pronto habrá de desaparecer
entre la lluvia de los recuerdos dolorosos.

Si mañana despierto, mis laureles se habrán marchitado,
dejando a su paso a la necesaria cicuta que aún se niega a acompañarme.

Si mañana despierto ya no habrá pasado, ni presente ni futuro,
sólo las anclas de aquel que, sabiéndose condenado,
se inclina ante el verdugo, le ofrece su cuello
y se raspa las rodillas (aunque los años de postración las hayan roído),
saludando con una sonrisa al filo de la espada
que lo besa y deja que recorra por su piel
el abrazo eléctrico de la puñalada certera.

MIEDOS

Le temo al tiempo y al azar,
a las arrugas simples,
a las manos temblorosas.

Le temo a la fe y a la incertidumbre
de levantarme en la mañana
sabiendo que la muerte
anduvo por ahí horas antes.

Le temo a los recuerdos
a blanco y negro,
y a la realidad
multicolor.

Le temo a los puntos,
a las grandes pausas,
al polvo sobre los muebles
y a no tener muebles
en donde acumular mi polvo.

Le temo al fracaso y, también,
al triunfo.

Anderson Alarcón

TODA LA CABALLERÍA

Aún recuerdo esos sentimientos del ayer
cuando escribí mis primeros pétalos,
quería tatuar palabras en la piel de mi ser
y la tinta era el sudor que lleva el esclavo;
*después de arrastrarse por unos centavos,
plasmarse sus penas al vacío, lo hacen renacer.*

Hierven los relatos apenas nace una quimera,
cuerpo, mente y alma brotan de un ser inestable,
que ante la adversidad, batalla y no se desespera;
así de la trilogía de crónicas, nace la lucha palpable.

Letras multicolor merodean en la rutina danzante
me dicen que esta no es la última flor sobre la tierra,
que mi palpitante en histeria es un néctar latente;
un rocío de paz, en donde hay tanta guerra.
*Cuando el apocalipsis nos enviste de repente
son una puerta de salvación, donde otra se cierra.*

Recuerdo lenguas viperinas con ropas santificadas,
envueltas en llamas putrefactas que hablan de Dios,
esas, de narrativa corrupta, de figuras exaltadas,
de oraciones mal formadas que se dicen por resabios.

Con el pecho rasgado a causa de mis versos sueltos
detesto situarme en mis gélidos descontentos
soñar entre acordes los asuntos que no he resuelto,
las experiencias vividas y los buenos momentos;
*que el despotricado fluir del almanaque ha disuelto
entre letras de humo, licores pálidos y mil lamentos.*

Hasta la canción más alegre se oscurece ante mi dolor
mis escritos entristecidos son una parvada de inspiración
frente a los artículos profanos, de este tonto trabajador;
que es el letrista frustrado, dueño de esta composición.

DEL COMPOSITOR II

Que desolada se encuentra mi casa
que un leve soplo hace que tiemble
cuando no hay sobre qué componer;
cuando las ideas se hacen escasas,
cada letra, se torna endeble.

Ahora cada canto es una vil réplica
que carece de una nueva melodía
y hasta repetir títulos me toca;
cada composición resulta ser patética
cuando dar más, de sí misma podía.

Versos como sean o vengan
sin tamaño y ninguna rima;
escasos de métrica considerable.

No importa como los sostenga,
de ninguna forma combinan.

Considero que ha bajado
la calidad de mis escritos
y han aumentado mis errores;
ahora eso lo dejo por explícito
en cada una de mis canciones.

No tengo nada novedoso
mis rimas se han hecho cojas
Y mis versos se tornan gredosos;
creo que todo es más de lo mismo
sin importar por donde se escoja.

Repetir ideas es la única salida
o forzar mi cerrada opinión
para que se haga más larga;
escribir sobre las historias de mi vida
no alivia la pena que me embarga.

Del compositor para todos aquellos
quienes encantados interpretan mis relatos,
les digo que ya no hay nada bello
y si lo hay, de ello no me percato.

Del compositor sin tinta, sin lienzo;
tal vez nunca me publiquen una canción;
para ustedes que me prestan atención,
gracias por escuchar lo que pienso.

Brayan Ibarra

POEMAS SIN TIEMPO NI NOMBRE

*“Todo lo arrastra y pierde este incansable
bilo sutil de arena numerosa.
No he de salvarme yo, fortuita cosa
de tiempo, que es materia deleznable”*

Jorge Luis Borges.

POEMA 1

Mientras un minuto le mendiga vida a un papel.
El paso de la memoria nos consume a suspiros
Y taciturnos repetimos los días como el minuto en su eterna súplica.

POEMA 2

La noche descompone las horas

Mientras

las pupilas temblorosas

sienten el peso de la tinta.

Los versos se pierden en los recuerdos

y cree ya haber leído esas líneas

en otras horas

sin nombre.

POEMA 3

A cada sorbo se suman días
y en cada suspiro se
restan segundos que mueren
por cada verso que tachamos
y cada poema olvidado.

A. A.

ELEGÍAS A RILKE

(Fragmentos)

I

Un poeta.
Un eco no extinto.
Nací huérfano,
ya los ángeles habían caído.
Un poeta.
Como un mesías, como un preso.
Un poeta y para mí, el mayor regalo
fue un aviso de muerte.
Poeta - ¿Qué dicen tus ojos de silencio?:
Extraño.
Extraño, no estar en el tiempo,
pues una palabra es una fuga.
Extraño fue irrumpir en la poesía
pues ya mi boca no pierde el sabor a sangre.
Elegías, poeta,
que el lamento es un puente de fuego,
un coro enmudecido,
una pesada muerte
y la noche, como un mar ámbar,
se vierte en mi casa
ahogándome con su inescrutable cielo.
Poeta,
el corazón mata con cada latido.
¿En dónde fueron arrojados
los destinos que forjó cada hombre?

II

Yo canto, yo canto.

Semejante a un tren oscuro y a los silencios de mi amada.

Los pájaros ejerciendo en la prometida noche
me recuerdan la ciudad de Dite,
donde, extraña, compartes el lenguaje de los árboles.

Cantar la tormentosa fuga que me arrojas a los brazos,
sombra sin nombre ardiéndome en los huesos.

Yo, simplemente, dejo los símbolos, dejo lo prometeico,
olvido el mito

aunque quisiera saber sobre la muerte, como una cosa.

¿Y el tiempo encadenado en triadas?

Siempre el mismo, diferente, huidizo, extraño, pesado,
cantando los entierros que no sé...

¿Elegías?

¡Para vender el alma por un puñado de misterio!

¡Para quitarse un tedioso rostro!

¡Para acercarme al murmullo de algún Dios!

¿Entonces seré el que se entromete en mis sombras?

Qué inútil:

como cantarle al hogar perdido.

III

Las idas, vuelven.

Qué fácil atravesar el tiempo.
Correr la verja, animarse a apurar el paso,
que la tierra sea tan incierta como el corazón.

Enredarse, caer.

Asir árboles buscando la eternidad.
Confundir palabras y excusarse con el hábito.

Susurrar lenguas sin raíces.

Y es la costumbre de convertir oraciones
en súplicas a la amada.

-Como si no fuera Dios. Decir.

Vuelven en los días lentos
demandadas en su extrañeza,
arrastrando las raíces que les crecieron en la niñez
con los parques, el primer beso, el salto en el charco
y la mirada de valle embriagada de *lo otro*,
paseando el misterio a olvidar
por los colores de las horas, horas sincopadas,
horas sobre madera bostezando.

Así vuelven, yéndose más lejos.

IV

La amada no es única:
Su relato lo encontramos al gusto.
Pasajes creados como los del poeta.
Recuerdos que me cambian el nombre
mientras resbalo con las lágrimas del prójimo.

¿Qué devengo?
Reunirse en uno a la hora de dormir, pensando:
¿Ellos también duermen, siquiera dormitan,
tendidos en las tejas astrales?
Y el viento que no significa mucho,
como despeinarse en la casa materna
estando con conocidos que nunca cambian.
Como recostarse en un arce que susurra.
Como mirar el sueño astral de un desaparecido
a través de los tiernos pasos de las últimas risas.
Y Dios, ¿en dónde escampa de la nostalgia?
¿Cómo acuesta la noche?
¿Agita sus sábanas entre el eco de los grillos?
¿Bebe de la fuga de su amada?

(...)

VII

Las encontré, casi perdidas,
regalándose lluvias entre el negro matorral.
Contesto: *¿La hora?* Y eso basta.
Cuando caminé aplastando hojas, dos pájaros grises
volaron hacia al azabache horizonte,
como diciéndome la aciaga esfera
que enmarca tus ojos míos.
Y pensé en el primer verbo
naciendo sobre el fuego y el tiempo,
escurriéndose entre las palmas de Dios,
cayendo en el jardín babélico de los hombres.
Vienes como bruma negra sobre los árboles,
calamidad que me tumba sobre un rumor.
Melodía amorfa, embarrada, tapando pléyades:
A ti te bebemos cantando.
En la nocturna, en la vespertina
silban todos los que se cansan de la muerte.
Te diría, pues, conjuros que me invocan
en la noche aceitosa de cualquier mes.
Tus ojos, amada, tus ojos.
En tus ojos los misterios juegan.
En tus ojos morir es una danza de Esfinge.
Como pozos medievales son tus ojos de cera.
Ha diluviado en tus ojos un silencio azul
que me arrastra una onda, el verbo, tus graves ojos.
Y el poeta que recuerdo agita espadas
disputando un lugar entre los ángeles.
Porque la permanencia es un juego entre memorias
o un ritual de muertos y de no nacidos:
A ellas, quizá mañana las encuentre de nuevo
y, aclarando la voz, devolveré la sed que me dieron.

Frank S. T.

HIEROFANTE

Esta noche me aferro y le toco.
Aspiro el ardiente olor de su cuello
y me sujeto a un movimiento cósmico,
de humedad y fluidez cinética
que generan vida y que lo hacen en mí:
no como madre que engendra,
como mujer que disfruta de su sexo.
Mujer: magia, indescifrada y que descifra.
Esta noche,
sobre todas las otras noches
me entrego.

PRAESTO ET PERSTO

Hay días de vidas que se desperdician
se evaporan con la vergüenza de reconocer el tiempo.

Hay días en que mi energía vital se desvanece.

Hay días en que reconozco que me perdí,
que he cambiado y que no me rehabilito.

Esos días no los necesito, son vanos.

La vida vana.

Vano el esfuerzo, inútil la gloria.

Que la paz no me alcance con su olor a pólvora.

Me puse al frente pero no me puse firme.

Me encogí de hombros y le imploré a la muerte que fuera fugaz.

No funcionó.

A SOLSTICIO

No quiero que se vaya, ni que deje de rugir.
Quiero sentirme desgarrada,
quiero sentirme arrullada con su rítmico aliento de fiera.

No quiero que la edad nos separe
—te quiero siempre, te quiero encima,
a mi lado, al otro y en mi cara—.

Quiero que su altar de madre sea mi ombligo,
bendito sea el fruto de su vientre y sane.
Intocable, misteriosa y perfecta.

La quiero como el Sol que es y que llena de gracia.
La quiero porque en su seno cuidó la vida,
la defendió, la perdió y la siguió con la fuerza de sus fuegos.
La quiero y la bendigo.
La quiero porque la inconsciencia de su naturaleza
me ama.

DICIEMBRE 96

Mi libertad es el rastro de una fuga que jamás se realizó.
Nací bajo la temporada de una cabra coja,
con el apellido de la Lozanía que se escapó en la edad de las ilusiones,
cuando la verdad era esotérica e íngrima: una ilusión.

Nací en el momento preciso.
Soy hija de un placer sicofante y traicionero.
Mi nana natural se crió bajo la mentira universal,
que pretende evitar la infección y que es insuficiente.

Me conozco al desnudo,
incapaz de estar eréctil por tanta sed.
Masticando ampollas, frágil,
espectral entre tanto vacío,
vacío que me mira con su gesto de hombre.

Heidy Bustos

MIEDO

En un fino espacio entre la cortina y la ventana,
veo como un ojo brilla y resalta en la oscuridad,
observando mis secretos tras el vidrio de la soledad;
y con un miedo intenso, no me atrevo a correr la tela lila que cubre la ventana;
pues... temo ver su rostro y que ese rostro sea el reflejo de mi propia cara.

Angie Arévalo

LA ESFERA

A mi hermano, Andrés.

Quiero ser parte del círculo.
Me doy cuenta de que es imposible.
Una esfera, mi mundo es una esfera,
y quizá sea demasiado grande para mí.

El pequeño círculo de lo esencial
¿Esencial? Lo dudo. Un círculo, plano.
Como los demás, nada que se salga del plano,
de lo común. Intento volver al círculo. Imposible.

Desde el centro del círculo llevé mi realidad al infinito,
no hay totalidad. Tridimensional, o quizá, adimensional.
Otra realidad, fuera de los límites. Ahora no encuentro
lo esencial. No hay escapatoria, voy de extremo a extremo.

No puedo volver.
La desesperación de la búsqueda del absoluto.
Un precio: soledad. Es el precio de la esfera.
Vano intento de volver al círculo. Es un abismo.

Caer, pero hacia arriba. ¿Abajo, quizás?
Quién lo sabe, es una esfera, en constante expansión.
Movimiento. Como si se rompiera el cascarón
del mundo, y entonces ver el absoluto.
No, no puedes ver. Sólo tienes la posibilidad de buscar,
no de encontrar, ni siquiera saber si es real lo que se busca,
ni siquiera saber lo que se busca. Transformar el círculo
en una esfera, que, al mismo tiempo te llena y te vacía.

Insoportable. Lleno de vacío, qué paradójico.
Y lo es aún más, al darte cuenta que si pudieras
volver, no lo harías. La esfera es la insoportable realidad,
el círculo no es más que un artificio.

Emilio Jaramillo

FÚNDETE EN MÍ

Al Hombre de la dulce figura.

Desliza suavemente tus labios en mi ser,
contágame de ti,
lléname de ti,
sedúceme.
Haz de tu voz el mejor de los susurros,
confía,
déjate llevar
y fúndete en mí.

Elizabeth Adnar

LA FLAUTA DEL SÁTIRO

¡Que la flauta se atreva!
¡Que la flauta vibre!
¡Que la flauta baile!

El viento emprende la complicidad junto con el mágico, el brujo.
El silfo en su respingar presuroso llama a las musas que encantadas danzan acompasadas en
dirección al trino fantástico de naturaleza abrumadora.
¿Salvaje? Siempre.

¡Que la flauta sea chispa!
¡Que la flauta sea fuego!

Y la flauta los envuelve, los comprime, los aferra,
y el humo de leche los atrapa.
Y la musa cae por fin en manos de la bestia

La bestia que conmueve ama.

¡Que el Sátiro sople!
¡Su soplo es vigor!

El Sátiro por sus musas es hombre

¡Que la flauta sea misterio!
¡Que la flauta sea pasión!

ASTAROTH

Número arcano más copa y serpiente. La emperatriz.
Dioniso le cantó un dítirambo, y esta sobre la vendimia volcánica y silvestre compartió su
azúcar, todas las tretas, todas las artimañas, las barucas, las carambolas.
y el soberano del pilotaje cayó.

Bellos adornos de flores escarlata y espadas adornan su sigilo misterioso,
se convirtió en el apóstol del jugador,
lo atrapa a través de los sueños.
Y el jugador que ahora es soñador que antes tenía uñas,
que ahora come nubes, que ahora tiene sueños.

Y ahora tiene sueños... todas las tretas, todas las artimañas, las barucas, las carambolas.
Lo suave, lo leve, el fuego, la sonrisa. Y ahora tiene sueños el jugador.

Cuidado con Astaroth.

Se invoca fácilmente con el fulgor de un hermoso cuerpo sometido a pasión, a gravedad de
erotismo y estrella de alientos de seda que caen y provocan el estremecimiento de tersura
burbujeante, basta el anhelo prestidigitado de las lenguas
que se caen unas sobre otras en compases de números salomónicos.

3,6,9

Astaroth entre espejuelos, emboscadas, trama y truco.

ESTRIDULITRUM

Estridulación me bautizó mi nocturna,
desde entonces como ruido de hojarasca gigante es mi trova,
ruido monstruoso de vegetal e insecto.

Devoro lo que puedo con vigor de hormiga aterciopelada,
como saltarín alitorcido,
como ácido saltamontes,
como chinche asesina.

Así entre cuerpo y pasión,
este insecto hace estridulación.

Azif Estridulación

INSTRUCCIÓN AL MÚSICO PRINCIPIANTE

Sobre rosado pentagrama
dibuja con tu lengua
finos rasgueos de guitarra.

ALZHEIMER

*Un simulacro de recuerdo,
una prótesis para recordar.*

Héctor Abad Faciolince

Corro
 lejos
 fuera de mí
Huyo de la oscuridad
me persigue
 acorrala
 ¿Quién soy?
¿Qué hago aquí?

Esta habitación es cada vez
más pequeña
 más borrosa.
Desespero

Entre infértiles árboles busco
fragmentos de recuerdo
 retazos de memorias.

Escudriño
Nada permanece
reminiscencias fugaces
 van
 vienen

Todo se diluye
 en polvo
 pretéritos
 sombras

condenado al olvido.

CLAMOR DESDE EL AVERNO

*Fue así como el
13 de noviembre de 1985
ocurrió la peor tragedia natural
que ha sufrido Colombia.*

Periódico El Tiempo

I

Te vi sobre Arenas oculta en el viento
arrancar uno a uno tus cabellos
Surcan el cielo rizos azufrados
hacia Lagunilla
grises escamas de tu piel
Ansías Pompeya
caminando en tierra nueva.

II

Gritos
Ruinas
DESTRUCCIÓN
La tarea está cumplida.

CADENA ALIMENTICIA

Aguardo
sobre sábanas
ser desmenuzada.

Tus dedos

Caníbal
sobre la carne
húmeda

dispuesta

vulnerable.

Devórame

corpúsculo a corpúsculo

hasta los nervios.

CANCIÓN PARA MAGDALENA

*Hombres y mujeres
fueron asesinados
en la clandestinidad
y arrojados al río.*

Patricia Nieto

Magdalena
En tu brazo
acoges la arcilla
que el plomo ha quebrado
la meces en tus olas
hasta llegar al piélago
Deseas reparar
con tu sollozo
el cántaro muerto
mojas la greda, la moldeas
pero el soplo Dios te ha negado.
Magdalena, Magdalena
Seca tus lágrimas

¿Acaso no te cansas de llorar
sobre tierra profana?

Alejandra Lozano

COMO EL FUEGO

El olvido es como la muerte y sólo con ella se identifica.
El olvido es un silencio permeado de un duelo que ya se ha curado.

El olvido es un fuego que se apaga en la noche infinita,
es un viaje nunca hecho a los confines de la memoria,
es una palabra que se dice bajo la lluvia y se extingue sobre la mejilla,
es el fuego de una vela que se apaga en la oscuridad fortuita del deseo y de la carne.

Por eso, cuando hay olvido, se vive una pérdida
de aquello que al disipar toda su esencia se ha ido para siempre.

El olvido es la transfiguración de tu rostro
en mil mariposas que se queman en pleno vuelo y entre las flores.

CONFESIONES: UNA LUZ QUE SE APAGA ES LA VIDA

Me gustaría morir esta noche.
¿No hay alguien por allí que me abra, me hojee y me quemee?
- ¡No, no hay nadie aquí nunca!

Había deseado ser, en vano, una niña con una pistola en la mano
apuntando a su memoria.

He caminado sobre mí misma pero no ha dolido...
me dibujé en el mundo.

Lo verdaderamente doloroso ha sido confesarme que nada existe.

LA AUTÉNTICA TENTACIÓN

 Mi cuerpo, inamovible, está tendido bajo las estrellas
 ya grises de la devastada tierra.

 Sí, mi juicio ha sido, en manos de los dioses feroces, consumado.
 El llanto que cae de mis ojos, quema los restos de hierba y polvo
 con su fuego insoportable.

 Claro el camino, reyes, dioses... señores del norte, revelen a sus escogidos.
 Lluevan las cenizas, toquen las trompetas, las copas servidas están en la mesa.

 Ya he ocupado, Dios, la errante figura que me obligaste a tomar
 por no besar tus pies ni bañarlos con finas fragancias que te hicieran sentir poderoso.

 Ahora, en el Juicio Final, todos mis amantes se harán presentes;
 también condénalos a ellos
 pero no olvides que tú pusiste allí ese árbol.

LOS DÍAS PERDIDOS

En la espera del llanto... en la eternidad,
ardiendo en la fiebre de aquello que desespera,
me han amputado las manos y no sentí dolor
tan grande como lo debe soportar mi alma.

Cuando llegue mi hora final
sé que no estaré lista y las fobias atacarán mi mente.

Mi soledad se convierte en un incendio.

Yo fumo tendida en mi lecho con la mirada vacía
y murmurando mis secretos al humo que destilan mis labios...
Soy parte de la noche, soy una sombra extinta;
la penumbra me tiende su manto.
Ahora me colgaré de la vida en el portal de la casa que nadie habita.

Kely Yohana Galeano

CUENTOS

DESPUÉS DE TODO ES AGOSTO

*

Despertó en la mañana con la extraña sensación de que sería su último día sobre la tierra; resignado, tomó una honda bocanada del aire frío de la ciudad y, con una voz cargada de pesadumbre, dijo: “Lo que el cuerpo se inventa para dormir más”. Escuchó durante unos minutos los ruidos que producía el suelo de madera en la destartalada y triste pensión cercana al centro; se puso de pie lentamente para evitar la sensación de mareo que suele invadir a los bogotanos en su ir y venir afanoso y se dirigió hacia el lavabo para deshacerse del extraño sopor que lo envolvía esa mañana. El contacto con el agua helada de la capital lo hizo recordar que era lunes, pero no cualquier lunes, era el primer lunes de agosto, día aciago desde el principio de los tiempos.

Estuvo listo para enfrentar el díscolo frío de la ciudad luego de tomar el sombrero, que hacía juego con su característico traje funerario, y la sombrilla que lo ayudaría a combatir las inminentes gotas que el cielo dejaría caer en bandada como de costumbre. El encapotado cielo de Bogotá le dio una desabrida bienvenida al salir; de improviso, recordó el extraño presentimiento que lo había sacudido justo después de abrir los ojos, “Es natural que todos presientan su muerte” pensó mientras caminaba a paso veloz y, luego de un suspiro, dijo: “Después de todo es agosto”.

Fue el último en subir al *lorencita* en la Estación de la Sabana. Casi milagrosamente lograba sostenerse de las frías barras metálicas que se encontraban al costado de la puerta delantera; pensó que esa mañana encontraba la ciudad más gris que de costumbre, era una ciudad cenicienta; todos, con sombrero de copa y paraguas en mano, vestían ropas negras y caminaban de prisa por las calles rebosantes de hombres, pues, aunque se buscara con ahínco, no podía vislumbrarse una sola mujer en medio de toda la multitud.

*

Despertó mucho antes de que amaneciera a causa de un movimiento brusco de su esposa que hizo crujir la cama; no trató ni siquiera de cerrar los ojos, sabía que sería inútil a causa de su condición de viejo lascivo, Dios no le otorgaría el placer del sueño de nuevo. Estuvo pensando mientras llegó el alba en todos los pequeños castigos que habían caído sobre él después de dejar de comulgar en la misa del domingo dos años atrás: el repentino sentimiento de culpa de su mujer que desembocó en un voto de castidad; el nacimiento de duros callos donde antes había piel tersa y suave, y, por supuesto, la falla que los frenos de su automóvil sufrían desde hacía un tiempo.

Pronto sintió el frío que se colaba por las pequeñas rendijas de las ventanas, era hora de levantarse; se puso de pie en un solo brinco y el mareo lo envolvió inclemente mientras se dirigía al lavabo. La noche anterior se había afeitado a regañadientes y no quería volver a sentir el agua helada que le esperaba en un tazón, una sonrisa victoriosa se dibujó entonces en su rostro por evitar el baño cuando tomó la gomina y empezó a darle forma al poco cabello que

le quedaba. El traje negro lo esperaba a un lado de la cama junto a los zapatos en punta perfectamente lustrados; su esposa, a pesar de los años y de los problemas que habían tenido y seguirían teniendo como pareja, nunca perdió el hábito de pulir la vestimenta de su marido, “En cualquier momento podría morir” pensaba, “debe estar presentable cuando lo juzgue Dios”.

Tras anudar con cuidado su corbata, pensó que lo más conveniente sería tomar un *lorencita* hasta la Plaza de Bolívar para llegar a su trabajo tan puntual como siempre; sin embargo, un recuerdo no muy lejano de aquel transporte lo invadió, decidió arriesgarse a salir en su destartalado auto para evitar los empujones, pisotones y, por supuesto, lo fatídico de un viaje que ofrece como única garantía un tiquete seguro a la casa de El Señor. El frío de la ciudad lo recibió en la calle con un fraternal saludo de viejos amigos, se encargó de abrazar por completo su cuerpo y penetrarlo hasta los huesos, “Después de todo es agosto” dijo mientras frotaba sus manos entre ellas para tratar de vencer al frío paralizante que lo envolvía por completo.

Después de entrar al auto y darle unas pequeñas palabras de aliento para que resistiera uno de los viajes más difíciles que tendría que hacer en todos los años que llevaba acompañándolo, notó que en el vidrio empañado se divisaba casi perfectamente el rostro de la Virgen, estaba surcado por grandes gotas de agua que daban la impresión de ser las lágrimas derramadas en la crucifixión de su hijo; la imagen lo hizo palidecer al instante, la última vez que había visto una aparición de ese tipo, su padre tragó por accidente una pepa de mango que lo hizo morir atragantado al instante. Se persignó tres veces con más rapidez de lo normal y dijo: “Esto no es más que una señal sagrada”. De inmediato encendió el auto y se dirigió a la Catedral Primada, sabía que sólo podría volver a descansar cuando hiciera las paces con Dios.

*

El ruido de las locomotoras logró despertarla mucho antes del alba y reconoció al abrir los ojos el hermoso paisaje a pesar de que nunca había salido del caribe: estaba en la sabana de Bogotá. Recorrió el río Magdalena durante ocho días hasta Salgar, después tomó el tren que había de llevarla a conocer lo que mucho tiempo después llamó la ciudad más veloz del mundo. Al aproximarse a Bogotá la invadió por completo una sensación desconocida, sus manos no paraban de moverse y era casi rítmico el castaño de sus dientes, notó que su piel se ponía más clara y perdía sensibilidad al tacto: estaba sintiendo, por primera vez en su vida, frío.

El aire diáfano de la costa se sentía en la sabana pesado y oscuro, se dio cuenta de que costaba trabajo respirar, pero no por el exceso de oxígeno como en el caribe, sino por la falta de él; jamás había estado a más de tres metros sobre el nivel del mar. El tren empezó a andar más afable de pronto, como si al reconocer el territorio se sintiera más tranquilo “Corre como un caballito” pensó la joven al notar la tranquila rapidez con la que el tren se dirigía a su destino.

Empezó a frenar desde muchos metros atrás, eran las seis de la mañana cuando el tren paró por completo en la Estación de la Sabana; al bajar, se sentía fatigada pero feliz de haber llegado con bien. Preguntó a la primera persona que levantó el rostro para verla cómo podía llegar a la carrera décima, “Tome un *lorencita* hasta la plaza, de ahí ya verá qué hace”, fue todo lo que

le oyó decir al hombre que corría sosteniendo su sombrero. Estuvo frente a la casa del florero a eso de las seis y media de la mañana.

El frío de las barras metálicas combinado con el soplo de la ciudad logró dormirle completamente las manos, sin darse cuenta estuvieron a punto de soltársele más de una vez. Cuando se aproximaba a la Plaza de Bolívar se preparó para lo que él mismo llamaba la prueba de hombría: con su mano izquierda sostenía el sombrero, con su mano derecha sostenía la sombrilla y se aferraba fuertemente a la barra de metal, finalmente, cuando estuvo frente al capitolio, apartó todo el nerviosismo de su cuerpo y saltó del *lorencita* en movimiento.

Caminó en medio de las cuatro fuentes de agua tratando de olvidar el dolor punzante que sentía bajo sus pies; cuando estuvo a unos cuantos pasos de Libertador, los nubarrones permitieron el paso de algunos rayos de sol que se extendieron a lo largo de la plaza desde la Catedral Primada hasta el Palacio Liévano, pasando por el edificio de la corte, y que iluminaron el rostro de una hermosa joven piel canela con un turbante amarillo en la cabeza y un vestido de colores que rompía de inmediato el aburrido paisaje blanco y negro de la ciudad. La joven llevaba un enorme baúl que apenas se alcanzaba a distinguir por la distancia que los separaba; durante un momento, mientras los rayos del sol le iluminaban el rostro, un silencio sepulcral pareció apoderarse de la ciudad y sólo un grito emitido por ella logró romperlo primorosamente: “¿Quién me lleva este baúl hasta una pensión en la carrera décima?” dijo haciendo acopio de todas sus fuerzas, “Se lo llevo en mi zorra” le contestó un hombre sentado en una carretilla tirada por un escuálido caballo blanco.

Bajo la mirada de Bolívar, el joven se convenció de que la extraña sensación que lo había atravesado en la mañana no era la de la muerte, sino la del amor. Corrió desesperado hacia la colorida muchacha sin ver, oír, ni sentir nada más que el apremiante deseo de conocerla; fue a causa del embrujo caribe que cayó sobre él que no pudo darse cuenta de que por la carretera venía el único auto sin frenos de la ciudad, conducido por un viejo lascivo que también había caído en el embrujo de la hermosa joven.

Juan David Cabrera

HISTORIA DE UN CABALLO

Hace mucho tiempo había olvidado el uso del cuchillo para empezar a enfrentar la vida a mano limpia. Caminaba largas distancias con Sabajón dando pequeños pasos a su lado. Su caballo lo acompañaba siempre. Le decía: “Tranquilo Sabajón, tranquilo”, para así poder montársele al lomo. El animal, en primera instancia, lo rechazaba; pero una vez sentía las manos que le cubrían el cuello y lo abrazaban fuerte, se tranquilizaba y se decidía a andar.

Isidoro, al treparse, caía en un sueño profundo, hasta que alguien lo apeaba, se lo echaba en los hombros, y lo tiraba en la puerta de su casa. Su mujer, por lo general, se limitaba a dejar entreabierta una de las hojas del portón, sin hacer esfuerzo alguno por levantar a Isidoro del suelo, pues temía encontrarlo muerto y no estaba dispuesta a terminar de joderse la espalda levantando a un difunto que, desde hace años, había dejado de pertenecerle.

En una de esas, Isidoro salió de la tienda de Lola Duarte y no encontró a Sabajón. Lo maldijo un par de veces y se sentó a la mitad de la calle, esperando que algún conocido lo encontrara y repitiera la rutina, esta vez sin involucrar a su caballo. El sueño ya lo estaba arrastrando por la calle hecha de cascajo y tierra vieja, cuando alguien le advirtió “Isidoro, le partieron las patas a tu Sabajón y solo tú y yo sabemos quién fue”. Abrió los ojos y mil nombres se le pasaron por la cabeza: “Marcelo, porque le di veneno a sus perros” “Tirso, porque le ayudé a mi compadre a correr la cerca” “Julito, porque le espanté a sus vacas de mi potrero”. Pronto un nombre, esta vez sin justificación que lo acompañara, lo inquietó lo suficiente como para convencerse de que era ese el culpable. Tuvo que hacer un esfuerzo significativo para recordar una barba puntiaguda puesta bajo unos labios finos que escondían dentro los dientes más blancos de ese pueblo olvidado por el tiempo. Otra cosa recordaba: una voz que entonaba palabras que muy pocos entendían. Enarboló los labios dejando que de ellos escapara una palabra que en principio le costó pronunciar: “¡Pierre!”.

Antes de ponerse en pie, tuvo que darse un par de palmadas en las mejillas. Luego, recordando que al día siguiente ya Lola no lo aceptaría en la tienda, decidió ir a buscar a quien le había dado muerte a su caballo. Caminó largo rato hasta ponerse frente al café en el que los políticos tomaban sus medias nueves. Supo que ahí encontraría al francés. Lo imaginó mientras tomaba a Sabajón por las patas, mientras lo amarraba a algún poste, mientras tomaba un bastón y lo estrellaba con toda su fuerza contra el animal. Le pareció inverosímil, pero aquella imagen lo llenó de un sentimiento que hasta entonces no había sentido más que con su esposa y sus antiguos enemigos.

Mandó la mano izquierda hasta donde antaño tuvo su cuchillo, pero no lo encontró. Le pareció escuchar las palabras del pacto que lo había obligado a abandonarlo. Detestó a quienes habían propuesto que ningún arriero pudiera andar más que con sus bestias y su carga. Le pareció inútil esa medida que buscaba detener las muertes, que intentaba frenar la aparición de caballos andando solos y hombres apareciendo tirados con un puñal en el pecho. Todo, entonces, lo confundió.

Antes de que pudiera reaccionar, Pierre tenía a Isidoro encima, clavándole un puñal invisible. Alguien soltó un quejido y cayó al suelo levantando muchos granos de polvo. El francés se alejó del cuerpo y vio un hilo de sangre que burbujecía en su nacimiento: el cuello del loco. Corrió hasta sentirse a salvo. Nadie lo persiguió. Tiró el filo de plata lo más lejos que pudo. Antes de ser consciente de sus pasos, sintió el trote cansado del caballo de sus sueños invitándolo a subir. En el vacío de la calle se escuchó a Lola, que gritaba “¡Sabajón!” al ver que un extraño se subía al caballo del viejo que le debía media vida en aguardiente.

Anderson Alarcón

MIGAJAS

Había caminado por horas o quizás semanas, pues para lo único que se detenía era para meterse en algún hueco donde la lluvia de las heladas noches no pudiera molestarlo. Sentía una de esas tristezas que a veces dan, una nostalgia del pasado, de una casa, de un plato de comida, una caricia, en fin, de un hogar.

Pero, ¿qué podía hacer? Acercarse a cualquier persona con problemas propios para rogar por una miga de pan o un poco de agua. ¿Suplicar por un poco de atención, un poco de amor furtivo?

Andando por uno de los barrios más reconocidos de la ciudad, le pareció ver el mar o hilos de oro puro; ¡eran los ojos! y también el pelo de la que consideró era la belleza más grande creada por Dios, ella misma parecía una diosa: una maravilla con anchas caderas, movimientos coordinados y... una familia perfecta también.

Estaba al otro lado de la avenida; tan cerca para captar su atención pero así la de sus acompañantes. Pensó que podría aproximarse a ella, conocerla, tenerla para toda la vida o solo en ese instante infinito; sentía que podía poseerla ahí en esa misma calle del reconocido barrio, que en verdad podría y ensimismado aún ya estaba llegando a ella.

Sintió un golpe en el cráneo y un dolor inmenso que crecía más abajo, un corte fuerte y una lata - roja ya- incrustada en la piel. Abrió los ojos para darse cuenta de que había ido, con descuido, hacia la mitad de la avenida. Sonaban pitos desesperados y carros frenando, pero no importaba, a lo lejos veía como ella se alejaba como las olas por el viento, ajena, inmune al pequeño escándalo que se había desatado. Él la observaba y sentía como la vida se le iba, con cada paso que ella daba, cada gota de sangre que él derramaba.

Quería seguirla, alcanzarla con algún sentido, piel, ojos o nariz y suplicar ayuda, compasión. Podía levantarse para alcanzarla antes de que toda la sangre de las venas desapareciera, o podía dejarse morir; sí, cerrar los ojos y extinguirse ahí. Quería la ayuda, la necesitaba, sin embargo ¿quién lo haría? A nadie le importaba su muerte pues a nadie le interesó jamás su vida, quizás incluso a él mismo no le importaba, fallecer en ese mismo momento podría ser más bien una solución, es decir, así ya no sentiría hambre.

Podía luchar o rendirse ante lo único que no era evitable en el mundo, la verdad era que nadie lo quería muerto, pero de hecho tampoco vivo, en fin, nadie le quería. Pensó en su familia, esa que en los recuerdos se divisa ya borrosa y deseaba la oportunidad de rogar con ojos tristes a algún transeúnte para que le ayudara, ¡por Dios!, a vivir.

Pero no decidía, ninguna solución le resolvía nada; entre sus últimos alientos lo único que pensaba era en que su diosa se había ido, su familia no estaba, mañana no habría de nuevo que

comer. Y sin embargo quería vivir, ¿para qué?, ¿qué podía hacer? Se sentía inútil, indefenso. Y es que sí, ¿qué podría hacer si al fin y al cabo, él era solo un perro?

Naisha Herrera

ÚLTIMO CANTAR DE MISAEL EN SAN IGNACIO

El día que Misael le habló de la necesidad de pasar por la zapatería de su hermano Joaquín, Marina se dio a la tarea de terminar de tejer el pañolón que hace algunas semanas, a treguas y esfuerzos, se había comprometido a entregar a la comadre Dora, la esposa del alcalde. Nada parecía justificar más las energías de tal empresa que ver los ojos alegres de Misael, que salía de la casa con un trozo de pan en la mano, rogando porque le deseara suerte y que el señor Dios tuviese a bien mirarlo.

Eran poco más de cuarenta años de esa convivencia hecha de silencios, de palabras simples, de confianzas mutuas. Misael, que en su juventud había sido buen mozo, labriego incansable y virtuoso intérprete del requinto, ahora viejo, sólo sabía salir a caminar buscando a quién alegrar sus mañanas al compás de un bambuco añejo.

Mientras tejía el pañolón, Marina pensaba en los momentos más festivos al lado de Misael, como el día en que este volvió del pueblo anunciándole el consentimiento del párroco para llevar a cabo su casamiento. Llegó, con un tufo de anís que Marina conocía bien, lanzando coplas al aire, abrazado de Juan Romero, el incansable amigo suyo y de su hermano Joaquín. *Nos casamos el próximo domingo mija*, le decía alegre Misael, mientras buscaba su requinto e instaba a Juan a servir el próximo trago. Fue, probablemente, el día más entrañable de su vida, pues nunca tuvo ojos suficientes para mirar más allá de los de él.

Pero ahora Misael anunció la necesidad de zapatos y esa comedida solicitud —tan sospechada las últimas noches en que lo encontraba inquieto y lo escuchaba musitar las remotas sonatinas que cantara su abuelo, más encendidas que el murmullo incesante de los grillos— le hacía reflexionar acerca de la inminente soledad que ya se percibía cercana monte abajo, mugiendo junto a las vacas. Hizo a un lado el tejido y secó dos pequeñas lágrimas que, como por azar, descubría rodando por sus mejillas, pues no quería arruinar de ninguna manera el pañolón de la comadre Dora, no fuera que Misael no pudiese ir a la zapatería de su hermano antes del día señalado.

La costumbre es esa y todas las personas de San Ignacio la han asumido con naturalidad, casi como un destino insoslayable que, al fin y al cabo, termina siendo grato. Cualquiera mañana alguien ve arribar a la zapatería de Joaquín a la hija de don Antonio, o a la mamá de Pedro, o a la vieja Cristina y entonces el pueblo entero se prepara para los días del silencio, que suelen terminar en altivas celebraciones y cantatas de todo tipo.

Así ha sido siempre, se dice Joaquín, quien termina de dar la horma a los zapatos que su hermano Misael le ha pedido en la mañana, seguro de que ésta vez, al menos para él, no será igual que en otras ocasiones, pues no será alguien ajeno el que los va a calzar, el que los va a lucir los próximos días. Mientras ajusta suelas y tacones, recuerda los años de infancia junto a Misael, robando moras de los árboles vecinos y huyendo rumbo al río, en donde se sentaban

a tomar el sol y a comer hasta el hastío. Jugaban al balón y a escalar, en el menor tiempo posible, algunas colinas semiderruidas que bordeaban los caminos empolvados de San Ignacio.

Cuando acabó de dar forma al par de zapatos, Joaquín miró hacía el horizonte y sintió que un temor se le instalaba en el pecho, acompasado con su respiración, pronto para dolerle en la certeza de lo que estaba por venir de manera inevitable.

El día que me entierren, mis zapatos tienen que brillar más que los de don Antonio, vociferaba Misael en otros días, ebrio de aguardiente, a los demás hombres que ayudaron a cavar la tumba de Antonio Obregón, boticario de San Ignacio. Únicamente los habitantes de aquel poblado podían asumir aquella costumbre de enterrar a los muertos de pie y con zapatos nuevos, como algo natural. Algunos forasteros, acosados de espanto, decidieron rehuir todo contacto con el cementerio del pueblo. Misael, ahora con sus zapatos nuevos en el armario, pensaba que la muerte en las ciudades –hostigada por la calamidad y la imprevisión- perdía todo carácter ritual y festivo, lo que la hacía un hecho cotidiano más, como tomar café en las mañanas o apagar la luz antes de dormir. En San Ignacio, por el contrario, contaban con la fortuna de conocer cuál sería el tiempo de morir y, de tal manera, poder hacer todos los preparativos –incluyendo la compra de los zapatos- para que fuese el mejor día posible.

En esto pensaba Misael mientras veía la sonrisa modesta de Marina, cuyos anteojos caídos frente al tejido le daban un aspecto grave y solemne. Ella, por su parte, preocupada por terminar el pañolón de su comadre, se perdía en las cavilaciones que la llevaban ora al pasado feliz vivido junto a Misael, ora a la incertidumbre de saber qué sucedería con él luego de muerto, pues seguramente tendría que caminar demasiado para llegar a ese lugar en donde se reencuentran los viejos amigos, para canturrear de nuevo las coplas que parecen morir con ellos. Tal es la tradición: quien muere debe ser enterrado con zapatos nuevos y de pie, para que así pueda emprender el viaje en busca del lugar que aloja a todos los muertos de San Ignacio. De repente, distraída de su ensimismamiento, la vieja siente que las manos, lejanas de su voluntad, dejan caer el tejido y se abren hacia su cara, ingenuas a detener un llanto incontenible, urgidas de contener el terror que produce el silencio de Misael, quien ha dejado de murmurar el viejo bambuco de siempre y se ha quedado tieso, quizá feliz de morir viendo la sonrisa de Marina y sabiendo que los esarpines de charol esperaban por sus pies.

La procesión fue corta y aciaga. Los habitantes de San Ignacio, a pesar de que toda muerte suscitaba la festividad luego de unos días, caminaban junto al ataúd llenos de nostalgia. Después de todo, decía Juan Romero, perder a un amigo es como quedarse ciego de uno mismo. Misael, orgulloso después muerto –esa frente blanca y alta expresaba toda dignidad posible- lucía sus mocasines soberbio y satisfecho, camino a ser enterrado de pie, es decir a ser dejado en el lugar del cual podría emprender la búsqueda de las gentes de su pasado más remoto. Joaquín y Marina avanzaban dispuestos a enfrentar sus respectivas pérdidas, sus particulares soledades. Al llegar, Juan Romero -quien se encargó de poner junto al muerto su viejo requinto- inició el llanto, un lloro desesperado y vacilante que empezaba a encontrar ecos

en los asistentes al entierro de Misael Pachón. Bajo tierra, el hombre empezaría a elaborar el camino, dispuesto de valor y de zapatos nuevos, hacía una nueva jornada de canciones y parrandas. Sobre ella, al compás de *Yo también tuve veinte años*, mujeres y hombres tendrían que esperar por esa redención masiva, por esa reinvención de San Ignacio.

Hay quienes acompañaron a Marina toda la noche, pues sus nervios no le permitieron estar en pie y tuvo que remitirse a llorar su angustia en la casa de Dora, quien lucía el pañolón negro con bordes grises que había tejido su comadre. Mientras tanto, Joaquín, ebrio como hace años no lo estaba, caminaba rumbo a la zapatería, encorvado, pensando en que ya era hora de empezar a fabricarse unos zapatos para sí mismo, pues esos ya estaban bastante rotos y Misael estaría esperando —distráido en algún accidente del camino— verlo venir junto a su guitarra.

William Pascagaza

¡COMO EL CIELO!

*U*sted vino a quedarse a vivir a mi manera y me dijo que nunca iba a desaparecer, pero yo lo vi pareciendo. Creyéndose esa noche que se lleva mi sonrisa absoluta. Ésa que ocultaba cada mañana con sus delgaditas manos, solo para no tener que verla y quedar así de atontado, supongo. Igual, nunca lo entendí; tenía en frente suyo mi cuerpo, mi basta cadera y mis pechos con sabor a noche. Pobre Manuelito, si supiera que cada vez que me hacía el amor la atontada era yo. Perdóneme por no habérselo dicho nunca, pero es que mi profesión no me lo permite. De haberle dicho eso me hubiera tocado ingeniar un escape tan idóneo y silencioso, que incluso hasta de los gusanos habríamos tenido que escapar, fue por eso que preferí callar. Este secreto de mí dejará de serlo en el momento en que decido contárselo, por ende, cuando termine me conocerá un poco más.

La violencia en mis ojos no era nada más que el miedo disfrazado de orgullo. Créame que si hubiera podido tratarlo como se merecía le habría extendido mi alma enamorada ante su despiadado deseo de hacerme suya, porque ahora lo sé. Sé que me deseaba tanto que incluso llegó a pedirme a la carta mil veces y a fantasear conmigo y su plato de comida. Ese instinto caníbal que le recorría la sangre me hacía vibrar de un apetito puramente sexual. Me hacía querer hacer de nuestro encuentro un ejemplo bíblico de omnipotencia, seduciéndolo y recorriendo cada vertebra de su cuerpo hasta iluminar su glándula maestra con la sustancia blanca que no le gustaba desperdiciar.

Sé muy bien que a la muerte no le temió nunca y eso me tranquiliza. Ahora entiendo que las transformaciones que sufrió en vida se alimentaban de energías ocultas en su cuerpo. Sus estados máximos de conciencia estaban ligados al hecho de acelerar el motor, hacer que las neuronas llevaran la voluntad divina de su esperma y así pudieran saltar veloces sobre puentes de mielina que alimentados por su placer y el mío, hacían que entrara en niveles de contemplación tan altos que le recordaban no solo su condición divina, sino también su pasado animal. Dese cuenta de que esos estados de alucinación no llegaron solos. Estábamos trascendiendo, Manuelito. Toda mi fe depositada en usted, mi Dios perfecto.

La noche siniestra y su insoportable desapego acechaban lentamente nuestros encuentros. Como un fósforo que se ilumina, pero no carbura lo suficiente como para morir completo con su destello, así me utilizo. La energía que desprendía mi calor solo lo alimentó por un tiempo, pero jamás lo enamoró; debería ser crucificado, pensé, pero no para salvarme, sino como castigo divino por prender más de un fosforo a la vez. Esa verdad me hizo fuerte e, increíblemente, quererlo más. Supe que su problema no radicaba en usted, sino en las frecuencias a nuestro alrededor, que perturbaban su medio y lo hacían actuar diferente. Debíamos alejarnos, lo sé, debía rescatarlo de aquellos que querían ensuciarlo de mundo y entonces diseñé una estrategia simple pero segura.

La hora del almuerzo era mi táctica; su plato siempre ancho de comida, ahora debía ser mío. Tenía que ser su plato ya que poseía figuras tan irregulares que, a la hora de unirse en trance con la comida, hacían que uno entrara en un estado delirante de placer, por eso no podía ser otro. Era importante hacerlo en época de luna llena para sosegar cualquier rastro de locura entre los civiles. Y lo primordial, yo debía hacer que en ese momento se sintiera más vivo que nunca, ya sabe, para que su voluntad reposara en mi espalda. Parecía que todo lo tenía preparado, dispuesto serenamente como la última cena. Comer y beber. Cuerpo y sangre de mi creencia; ya estaba escrito y usted sabía cómo iba a terminar. Las consecuencias producto del conocimiento, que supongo quiso asumir con valentía, eran ahora su único destino para mí.

Llegó el momento y así fue; mis instintos salieron a flote y entonces recordé que poseía caninos. Fuerzas ancestrales se apoderaron de mi cabeza y me indicaron exactamente lo que debía hacer, su uso y desapego. Pertenecer a la cadena animal, violar las reglas de la manada y hacer de su deseo caníbal algo real y tan mío que lo iba a enterrar en mí, literalmente. Me sentía como todo un discípulo con sed y hambre, y fue cuando lo tuve en frente que, ansiosa y desprendida, tomé mi primer bocado, crudo y sin remordimientos, alucinando entre figuras extravagantes que solo me hacían recordarlo más y más; después de tantas noches de haber ayudado a despertar los albores de su conciencia, era mi momento de iluminación perdida, me sentía inmortal, invencible, única, completa.

Estas letras, Manuelito, le están contando algo de mi vida; algo chiquito, pero al fin algo. De todas maneras no fue tan interesante como la suya; fue más bien corta como le digo, y lo va a ser más cuando le cuente lo que haré. Tal parece que he llegado al tope y ya su ausencia me atormenta demasiado la vida. Pasa el tiempo y su apoyo sobrenatural no es suficiente para mí porque, más allá de las creencias, sigo con hambre. Creo que no podré disculparme porque ni siquiera razones tengo y, además, confío en que me pueda perdonar después de esta confesión. Hoy me pregunto si lo que paso con usted, lo hice solo por diversión... Si fue tan solo un suspiro ocasional de madrugada, generalmente acabo por dejarlo pasar, pero con usted no puedo hacer eso.

Quisiera que no se hubiera ido nunca y ahora, por haberse ido, me tendré que ir yo. No sé muy bien hacia dónde irán los suicidas, solo espero que no quede tan lejos de donde está; no se preocupe, que en mi condición de puta diré: ¡con permiso que soy de mala suerte y voy en busca del amor de mi vida, pues se ha extraviado hace unas noches, necesito confesar este pecado ya que quiero más de él, que la eternidad se encargue de alimentarme con su cuerpo, porque en vida, definitivamente, no se pudo más! Nos veremos allá afuera lejos de este mar de civiles que tantas desdichas nos trajeron. Por favor, espéreme y libreme de toda culpa porque bien sabe que fue usted el que murió por mis pecados y resucitó en mí.

Amen... Todos amen.

Paula Melissa Escobar

EL CIELO DE LAS RATAS

Cerrando el amplio arco que protege el firmamento con sus centenares de estrellas, se hallaba en lo alto un tejado, gran centro mítico que se abre a los cuatro vientos en enigmático encanto, lugar del dominio único de un monarca. Minos el rey rata, quien una mañana como cualquier otra en el mundo de las ratas (muy temprano eso sí) se despierta esta sublime rata asustada, temblorosa, desconcertada. —Tuve una pesadilla—. Y mirando hacia abajo por entre las tejas, que son las nubes de su reino, sigue con la mirada una gota de lluvia que se cola por una grieta entre su cielo y cae sobre el rostro de una criatura que se mece; desde arriba le parece a Minos un poco familiar. La criatura que en realidad es un fulano de tal, penetra al Rey con la mirada y la rata de destellos multicolor recuerda su sueño. Poco más, poco menos esto contó de su horrible pesadilla:

—Tic, tic... tic, tic, tic... Siempre ese sonido recurrente, molesto. De vez en vez varía dependiendo de la velocidad de las rochelas en el techo, del calor del convite, del tope de la romería y se transforma en tikistakas, tikistakaspum, turum, ¡boom! Y la estampida de ritmos africanos, santeros de cacao y maracuyá, esa magia maléfica del cachondeo me enferma. Recurrente, frecuente, molesto. Escalofriante por el odio profundo que me dan ese tipo de criaturas...

Es un placer para mí poder marcarme lejos, trabajar como todos nosotros los fulanos y creer que cuando regrese todo estará bien, que esas pequeñas ratas ya no estarán en mi techo, que ya no estarán allí; y como siempre un error, perdí deseos; pero entre balance e informe de pérdidas y ganancias lo que más me dolió fue Casimira. Ella tenía la cintura sabrosa para bailar, presta para el estrangulamiento de pasiones, para la contorción del chischás, como humedal en invierno, eso me decían otros porque yo no sé bailar. Era una mami, cara linda, tremendo tumbao.

Recuerdo la ocasión en que todo se rompió; después de una transacción de fluidos entre Casimira y yo, desperté azorado por una gota que cayó en mi cara y vi por la pequeña grieta del tejado a una rata de aires soberbios que observaba estupefacta el bamboneo de nuestros cuerpos al mecerse sobre el eje fugaz del entretenimiento y el bienestar. En esa ocasión no me importó, dejé que esa extraña familiar rata gris, verde y oro fuese testigo de mi intención y esfuerzo. Desde ese día no vi de nuevo a Casimira.

Como siempre, error tras error. Sorpresa mía después al ver a la rata gris, verde y oro haciendo que en candela se prenda, consumiendo en desahogo audaz de pasión a una rata de tetas grandes y tumbao exótico, la ratita sexy casi ni me miró; pero ese día, ¡esas malditas ratas! Hacían una gran bacanal en el techo. Sólo por ese instante pretendí aclarar el porqué de vivir en esta miseria y allá en el cielo su reino—.

Minos sacude la cabeza y hasta allí recuerda su sueño. —Me soñé en el infierno—, dice. Y vuelve a su solaz, en su meneíto antiaburridos, vuelve a componer saturnales miríficos y

divinos; pero esta vez algo ha cambiado. ¡Es noche de fiesta! ¡El rey arrancó del infierno a su reina!

Jekomsky D.

LAS VOCES DE LAS PLANTAS

Aquí donde descansa mi alma mortal, entre la oscuridad del que ha sido mi hogar durante los últimos años, repasó las memorias que me aseguran locura y que sin embargo son recuerdos de la realidad. Escribo estas palabras en la mayor oscuridad, y no solo la que me rodea, sino la que me inunda por dentro el pecho y suscita aún escalofríos aterradoros.

En los años de la guerra, mi espíritu osaba de una maravillosa luz de alegría que se ha extinto con el tiempo y a la cual añoro, inútilmente, regresar. Yo apenas era una niña y un día, por el miedo del que se hablaba en los medios, mi padre decidió agujerear el suelo para construir la mazmorra en la que ahora yazgo. Sus paredes recubiertas de plomo retumban treinta metros bajo tierra y la construcción del techo fue tan ardua que ningún otro detalle se le agregó.

La llenamos por completo de alimentos y decidimos que bajo cualquier alarma, por mínima que fuera, esa mazmorra sería nuestro único lugar de encuentro. Hecha del tamaño de la casa o un poco más grande, quitando todo el espacio ocupado por la comida, el refugio podía albergar a cinco personas en su espaciosa oscuridad y, como mi familia se componía de mi hermano, mi hermana y su hijo, mi padre y yo, era perfecta.

Cierta noche, mientras la luz de luna reflejaba mis pesadillas apocalípticas, las alarmas disparadas de las grandes torres de control me despertaron avisando de un ataque. Corrí, invadida por el pánico, y llegué, solitaria, espantosamente pálida y asustada a la cueva que he referido. Mantuve la puerta abierta con la esperanza de ver algún rostro humano asomarse; sin embargo, fue el estruendo el que me arrojó a lo más profundo, cerrando herméticamente la puerta. Allí reposé casi inconsciente hasta que los temblores cesaron y mi alma, agitada, recuperó su calma. Me mantuve en la oscuridad tocando todo cuan cerca estaba, hasta llegar a las raciones. Devoré una lata de invisible alimento y esperé que sonara la compuerta que me negaba a abrir hasta que no hubiese pasado tiempo suficiente como para que el campo radiactivo se esfumara de la atmósfera, cosa que pasaría en años. Escuché en pavoroso silencio los chillidos de perros destrozándose entre ellos mientras me preguntaba por la suerte de mi familia.

Los segundos en la oscuridad me atormentaron hasta la claustrofobia, y la mente comenzó a girar sin sentido ni movimiento real. Entonces escuché su voz. El pequeño, hijo de mi hermana y de nombre Paulo, había estado oculto desde hace horas en uno de los compartimientos de la comida en reserva. Su compañía alivio mi alma y devolvió a mi corazón la esperanza. Constantemente nos encontrábamos con las manos y se abrazaba a mí mucho tiempo, el suficiente como para saciar mi maternal espíritu.

Entonces las horas pasaron sin que supiéramos cómo y los días enteros los entregamos al conteo y el cálculo de las raciones. Sin darme cuenta ya tenía dieciocho años y una amplia costumbre a mi ciega condición. Paulo, dotado ya de siete años, hablaba con facilidad, conociendo todo lo que yo conocía a través de la palabra. La oscura monotonía sumada a la

pronta escasez de alimento ya nos obligaba a abandonar la cueva y recorrer las calles sepulcrales de la olvidada ciudad.

La compuerta, sometida al escombros olvidado y seco, ofreció tanta resistencia que requerí un par de minutos para doblegarla. Cuando por fin cedió, la luz del día entró como una cuchilla, laceró mi pupila y me obligó a quejarme. Así mismo Paulo, invadido por el dolor o el pánico, aulló ante la luz que tanta extrañeza le causaba. Después de unas horas de indecisión, salí, dejando a Paulo atrás pese a sus hermosas súplicas. Imposible para él caminar frente a la luz de día que no había visto en su vida.

Ya afuera, me encontré con ruinas desconocidas. Un mundo verde fluorescente que renacía entre cimientos de pesadas y antiguas rocas. El sol se ponía en el horizonte con su brillo anaranjado y mis párpados gesticulaban con fuerza para proteger la delicada pupila. Caminé durante horas buscando, maravillada, evidencia de la civilización que alguna vez hubo sobre esta tierra mutante que lentamente se enriquecía de vegetación sobrenatural y para mí desconocida.

Cuando la noche invadió la cúpula despejada, ausente de estrellas o luna, sentí una comodidad aterradora que me recordó mi hogar y al mismo tiempo mi deseo de huir. Caminé por entre los focos medio encendidos de la fluorescente corteza pastosa que llenaba la carretera de antaño. Y allí, entre la maleza corroída por el viento que giraba sobre la atmósfera primordial de lo que era un nuevo mundo, al cual siempre sería ajena, encontré caminando con debilidad una silueta masculina, esbelta y extrañamente familiar. La oscuridad le otorgó a mi imaginación delirios sobre la espantosa y mutante identidad de mi nocturno compañero. Petrificada por el temor y una extraña repulsión, me debatía entre salir corriendo sobre mis pasos o permanecer con la mirada fija en aquella silueta, hasta que se develara a mí el rostro de la extraña pero familiar figura.

Permanecí, pese al terror y el instinto de autoconservación, pues la soledad de mi largo cautiverio me había implantado un infinito deseo por ver un rostro humano.

La figura se mostró y el rostro causó un alivio espectral que juntó dos emociones de inexplicable índole. Era mi hermano, Joseph.

Su rostro pálido y ojeroso era evidencia de un largo viaje recorrido sobre la intemperie fluorescente y radioactiva de la difunta ciudad. Sus brazos débiles se extendieron hacia mí, y a pesar de la vejez contenida en dolorosos seis años, pude sentir en su abrazo al mismo Joseph que recordaba. Sin embargo, cuando su cuerpo se recostó contra el mío, sólo percibí el vacío. Mis ojos experimentaron un lapso de ceguera temporal en la cual no supe realmente qué pasó. Luego, no había nadie frente a mí.

Sospeché que la flora, que constaba de un magnetismo propio de los riscos, pudo haberme intoxicado de alguna manera, y por tanto, la alucinación era el primer síntoma de ello. Caminé

sobre mis pasos, aterrada, pero evidentemente saludable. Con facilidad hallé el camino de regreso al lugar donde hace años estuvo mi casa y donde continuaba estando mi hogar.

La noche, atormentada por el verdor fluorescente, era insoportable para la vista, mucho más que la luz del día, para mi sorpresa. Mi mente rondaba aquella cueva donde Paulo quizá comenzaría a tener miedo a la soledad. Su rostro, casi desconocido para mí, me suplicaba en el subconsciente que regresara, que le besara la frente y lo abrazara para poder dormir. Apuré el paso, invadida por esas visiones, cuando de repente escuché el golpeteo de unas rocas a mis espaldas. Giré la cabeza, sospechando que algo me seguía, quizá algún depredador en busca de alimento. Pero cuando pude mirar hacia el punto me encontré con la remota oscuridad. Sin embargo, el sonido estaba ahí, se alejaba, huía ferozmente como invitándome a seguirlo. No estoy muy segura porqué, pero corrí tras él regresando una vez más hasta las carreteras invadidas por la vegetación y allí, frente a la luz, vi el cuerpo, cubierto por sábanas mortuorias, de un hombre que compartía similitudes extraordinarias con mi padre. Grité, esperando que regresara, que respondiera al nombre de mi padre por lo menos. Mas sólo dedicó a mí una mirada y continuó con la marcha. La silueta oscura de parca se perdió en la distancia, mas mi mirada continuó fija en ese punto, enferma por un mareo hipnótico difícil de describir.

No caminé más sobre el cadáver de la ciudad. El silencio infinito se llenaba de susurros, producidos por las plantas o imaginados por mi cabeza. Como fuera ahí estaban, cual zancudos sobre los charcos de agua. Y era todo eso lo que más me aterraba. La incapacidad de distinguir la veracidad de lo que mis sentidos experimentaban.

Por fin pude levantar la compuerta de nuevo y me integré a la seguridad de la bóveda. Pregunté a tientas por su ubicación, pero Paulo no habló, no exhaló ningún sonido. Tanteé cada esquina, cada escondite del conocido lugar pero no estaba. Me arrastré por el suelo en busca de su cuerpo, mientras que en la desesperación ya comenzaban a salir las lágrimas.

Salí del refugio, segura de que no estaba dentro, y busqué algún indicio de su presencia afuera. Violé la armonía del viento con un grito agudo que se extendió sin ser oído por nadie a lo largo de las ruinas. Sin saber dónde ir, qué dirección tomar en su búsqueda, caminé como autómatas, incapaz de quedarme quieta, hacia cualquier lado que me llevaran mis pasos. Continué gritando, esperanzada por hallarlo, por poder abrazarlo de nuevo. Sabía, en lo profundo de mí, que se encontraba cerca, que su respiración hacía eco en mis gritos. Guardé silencio, algo hablaba, quizá Paulo. Me moví rápidamente al lugar de donde el sonido se emanaba y allí, frente a mis ojos, dos plantas cuyo delgado tallo sostenían puntas gruesas como las de piezas de parqués, eran las que generaban el sonido de música y se mecían levemente al ritmo de la canción. No entendí en ese momento la imposibilidad de que eso sucediera, y ahora sé que era eso solo una más de mis alucinaciones, pero en ese momento solo pude acercarme y escuchar con atención lo que cantaban las plantas. En mis oídos se saturó la música y ésta, a su vez, se convirtió en un ruido insoportable en el que armonizaban llantos de bebé. Me arrodillé y cerré los ojos con fuerza, rogando que el sonido cesará, mas sólo se volvió más fuerte, más insoportable. No sé cuánto tiempo hubo que pasar para que me recuperara. En cuanto lo hice vi, frente a mí, brillando como virgen, a mi hermana con un niño en brazos. No pude contener

el llanto. Ella, con su mano delicada, secó mis lágrimas y me miró con seriedad. Su mirada significó muchas cosas en ese momento, pero ahora sólo puedo interpretarla como un largo “Déjame descansar”. Recosté mis manos una vez más en el suelo y pregunté por Paulo. Ella miró sus brazos y permitió que yo viera a su infante. Luego regresé a esta mazmorra.

Solo sé que no regresaré afuera, que me quedaré aquí, escondida. Esperaré que regrese, que los fantasmas de las plantas no posean su pequeño cuerpo. Mientras el vómito producto de la intoxicación radioactiva me asfixia día tras día en la espera que me asegura locura y, sin embargo, es rastro de realidad, escribiré estas palabras. Lo haré, rodeada de la más extensa oscuridad, no sólo la de mi alma, sino la oscuridad de saber que Paulo no está, que se ha ido, que quizá nunca existió y que su cadáver de bebé son las voces de las plantas que ruegan que libere su recuerdo.

Leandro Ramírez

EL ARTE DE FUMAR

El fumador había llegado empapado de una tarde de lluvia torrencial. Ni el impermeable lo salvó de las gotas que se le deslizaron desde el cuello hasta dentro de la chaqueta de cuero. Al llegar a casa, ya había oscurecido; salía cuando el sol no se asomaba aún y llegaba en oscuridad, era su rutina diaria en esa cosmopolita que lo cansaba. Entró la moto al garaje con sumo cuidado, estaba harto de los climas de la ciudad y el tráfico infrarrojo, el ruido de la calle le estaba produciendo una hipoacusia. El garaje se llenó de charcos y huellas embarradas de las dos llantas.

—Justo cuando la había lavado —dijo.

Decidió dejar todo así. Se quitó el impermeable y lo tiró al suelo. Los zapatos escurrían, y subió descalzo, a todo dar, hasta el segundo piso. Como todas las tardes, la casa estaba sola. Así que al llegar a su habitación, se quitó la chaqueta que le empapaba la camisa en el pecho húmedo. Secó el cabello negro y desordenado con la toalla olor lavanda. Dejó el casco en el suelo junto a los pies mojados, y luego, se acordó.

—¡Maldita sea, los cigarrillos! —. Revisó el bolsillo interior de su chaqueta. Suspiró aliviado, estaban a salvo.

Aprovechando la soledad de la casa, prendió uno. Abrió la ventana, aún no paraba de llover. La primera bocanada se confundió con las gotas de lluvia. El frío de afuera penetraba la habitación; pero adentro, el calor del cigarrillo le había acobijado el cuerpo en todo lo cálido. Y la garganta parecía fuego entre laringe y piel. La lengua se hinchaba de tan prolongado placer.

—Fumar es un maldito arte—dijo, mientras miraba el filtro consumiéndose y las cenizas caían sobre el marco de la ventana.

De repente, la recordó a ella. Rio para sí cuando la vio por primera vez el viernes a medio día. Parecía cansada y llena de mil compromisos, pero aun así, él se tomó el tiempo de sentarse un rato a escucharle los quehaceres cotidianos. Por fotos no era la misma que en persona, la sonrisa era aún más perfecta, el cabello más negro, los ojos más claros. Le fascinaba la idea de que ella escribiera, que escribiera sobre el arte de fumar, eso le producía cierta excitación.

—Ella me hace identificar con todas sus historias—dijo y sonrió de nuevo.

Se había lamentado, de repente, por haberle mentido tanto. No salía con nadie, no veía a ninguna pelirroja. Le había descrito a la mujer de sus sueños: de cabello rojo y largo sobre la cintura, tatuajes en los muslos, perfecto maquillaje. Pero en cambio, se sentía apegado a una pelinegra, cabello corto, nada de tatuajes y sin maquillaje. Estaba pensando en la sórdida locura que le envolvía pensar en ella, así que se la imaginó junto a un cigarrillo, tendida en la cama, ambos, absorbiendo delicioso humo. Le había mentido en todo, porque no sólo escribía sobre terror, pues cuando la conoció, le dio por explorar su faceta de romántico y ridículo, y tal faceta

le estaba fascinando. Se preguntaba cuándo sería el día en que ella volvería a fumar después de dejar el cigarrillo por un buen tiempo. Él le sabía la vida, porque ella se la contaba a detalles, y la única oportunidad que tuvo para verla, le dijo:

—Invítame un cigarro, yo con eso me conformo.

Qué idiota. Tuve la oportunidad de pedirle más. Como un café prolongado. Con lo poco que dura un cigarrillo, no la hubiera podido disfrutar por suficiente tiempo. Eso me pasa por mentiroso. Pero ni siquiera un cigarrillo tuve, pues el miedo por ella me ganó.

De paso se preguntaba por la vida, si ser profesor de inglés era lo que de verdad merecía ser, o escribir terror era mejor dedicación. Hace días que llevaba pensando en esa cuestión, ya que al entrar a clase, se daba cuenta de que sus alumnos sólo le ponían atención por los ojos verdes y porque llegaba en moto, pero nada más que eso. No captaba la atención de nadie, y hablar en inglés ya le aburría, le parecía mejor el francés. Y de nuevo pensaba en ella, que era tan entregada a escribir, pues siempre que le preguntaba qué hacía, la hallaba, en su distancia, escribiendo hasta pasada la media noche. Eso le excitaba tanto, que de sólo pensarla, le hizo llegar a un clímax fumando aquel cigarrillo. Para cuando se consumió el filtro, lo botó a la calle a través de la ventana. A lo lejos cayó. Se sacudió las manos de cenizas, se las olió un poco en perpetuo placer que para él no terminaba. Luego se quitó el resto de la ropa húmeda para quedarse dormido hasta que llegara la familia, y soñaba con ella, ideando cómo continuaba con la mentira, para que ella jamás se enterara que este fumador andaba obsesionado con una escritora y no una mujer de fantasía.

Otro fumador, al otro extremo de la ciudad, no había ido a clases en toda la semana. La universidad le parecía un mundo absurdo lleno de gente que no sabía más que él, y que les faltaba experiencias de vida a esos “hijos de mamá”. Prefería quedarse en casa, escribiendo sus canciones de versos rápidos. Su letra no era la mejor en graffías, pero sus versos sí. Luego de escribir toda la mañana, a mediodía se quedó dormido con su perro, aquel cuadrúpedo que por donde pasaba lo tumbaba todo. En la tarde, medio comió algo en la olla de color oxidado (ya que odiaba los platos de porcelana), y pensó ahora en las melodías de aquellas palabras que rimaban en su mente. A las cuatro llegarían su mamá y su hermana pequeña, un hombre rodeado de mujeres, sabía entonces la responsabilidad y aquella figura firme que tenía que ser en la casa (por eso no lo podían encontrar, como un vago, recostado en su cama todo el día).

A las dos, por fin decidió fumar un cigarrillo de aquella cajetilla blanca en el escritorio lleno de libros amontonados en unas torres deshojadas. Abrió la puerta de la biblioteca donde estaban todas las enciclopedias con las que había aprendido de niño. Y la ventana abierta también para dejar escapar el aire, y bajo la cuerda de la ropa extendida, fumó un cigarrillo. Para él, fumar era un instinto hacia la relajación, o en los momentos desesperados donde recordar a esa mujer le obligaban a prender un filtro tras otro. Aquella mujer que había tenido en su cama el año pasado, a mediados de noviembre, era más bella de lo que la ropa ilusionaba con la silueta de sus perfectas caderas. El color de sus piernas blancas que lo habían tentado en caricias y presiones ese día de noviembre. Se había prometido que, por más que fantaseara con ella, no

se atrevería a tocarla, tenía que conservarla en la amistad, pues le había llegado el rumor, por otro amigo suyo, que ella de todos se olvidaba, pero con la excepción de aquellos que no la tocaban, a esos los conservaba el resto de su vida. Sabía cuánto había sufrido ese amigo por ella y no quería padecer lo mismo. Aunque le entraba la curiosidad:

*¿Qué te hacía ella para que nunca quisieras dejarla? ¿Qué te hacía ella?
¿Cómo te fascinaba?*

Se había dejado llevar en noviembre por la curiosidad, tal vez ella lo había planeado, cuando desfilaba por su casa con sólo una camisa que él le había prestado. Ella lo visitaba para que le corrigiera lo que escribía (y él tenía claro que nada de lo que ella escribía le gustaba, pero le hacía el favor), sabía que era una mujer inteligente y eso lo tenía encantado, desde que la había conocido dos años atrás, y ella nunca le dio pie para nada, en la condición de amigo lo mantuvo siempre. Hasta que ese día (insiste en creer en que ella lo había planeado todo), por fin pudo acceder a su piel. Y en su cama destendida, donde ella había tomado una siesta previa, la tomó. Acarició sin medida aquellas piernas con las que soñaba cada día de su miserable vida, aquellos labios de los que sus amigos le contaban que ya eran leyenda del deseo, y fueron suyos, toda la tarde hasta las seis. Había enloquecido en sudor y especulaciones, especulaciones que lo llevaron a terminar todo de tajo. Así mismo se veía tan imbécil, y no se entendía, pues la mujer que había deseado tanto, su amiga que le había dado motivos de vivir después de un intento de suicidio, ella que había besado las cicatrices de sus muñecas, y lo había levantado de la cama todas las veces que se deprimía, la dejó ir. Y tal como le decían las advertencias, de él se olvidó también. Se gritó al reflejo, por no haber aprovechado otra hora más de su compañía, y luego siguió repitiendo gritos días después, hasta ese único día, en que no quiso ir a clases, porque en el cigarrillo le consumía la nostalgia de ella. Una lágrima, sin saber, salió de sus ojos negros. Estaba devastado. El cigarrillo o era luz o era dolor. Y en este caso, mientras ella seguía alejándose, le era dolor, y cada vez que fumaron juntos en su habitación, más dolor le consumía. Eran los labios rojos y los ojos amarillos, era ella dibujándose en la silueta de sus humos. Y se preguntó:

¿Quién será su víctima de ahora? ¿Quién será el maldito afortunado que la debe estar disfrutando en estos momentos?

El cigarro terminó, y lo tiró sobre las tejas del vecino. Se lavó las manos y siguió componiendo sus rimas, mientras su perro ladraba recordándole que por más cigarrillos que fumara no podrá olvidarse de ella. Pero aquella lejanía era su consecuencia, cuando a merced de no entender por qué la quería, en vez de decirle lo que sentía y conservarla para la vida, la trató de puta, y por obvias razones ella se fue para no volver.

Y por siempre tendría que vivir en ese calvario, consumiendo cigarrillos de dolor.

Algún fumador, muy al sur de la ciudad, sobre la colina, tocaba batería sin cesar. Había tenido una tarde dudosa donde las clases de literatura le producían dolores de cabeza. Sólo al llegar a casa sentía paz con sus cigarrillos y su batería. También, en una familia de sólo mujeres y un

padre que trabajaba demasiado; lo que lo había llevado a olvidar toda figura paterna. Eso no le importaba, él se había encargado de ser su propio padre, a sí mismo se daba los consejos y los elogios.

Después de tocar un rato, descansó en un suspiro. Sacó la cajetilla que guardaba en el bolsillo de la gabardina, subió a la terraza antes de que oscureciera, y fumó un rato. Los techos de hojalata, aquellas otras terrazas, llenas de ropas, muebles viejos, perros y mujeres malhumoradas, le parecían un placer encantador, aquel placer de las terrazas, lo podía incluso convertir en una parafilia, ah, pero no tanto como fumar. Fumar para él era un deleite mayor, que con la música, hacían buena combinación. Ella le había explicado alguna vez que todo se podía erotizar, y pensó si fumar podría ser un componente en el erotismo. Ella no fumaba hace meses, y si recordaba bien, nunca la había visto fumar, por eso le pedía permiso para prender un cigarrillo, dudaba aún si ella gustaba del arte de fumar. Ah, ella, que le parecía tan encantadora, el tono de su piel que lo tentaba a apretarla contra su cuerpo. Y como se lo dijo aquel día cuando tomaron un café, un miércoles, después de dos años de ya no contarse secretos.

—Eres perfecta para mí, tan sensual, quisiera tenerte contra mí. Es tu piel, tus piernas, tus brazos, tus labios, todo tu ser.

Pero, él sabía que tenía que contenerse. Como a todos, le había llegado rumores de la forma en la que ella amaba. Y como él se lo dijo:

—Tengo miedo a apegarme a ti y que no te quiera soltar nunca. Te quiero como a ninguna mujer, por eso me alejo.

Sin querer, se le había salido todo lo romántico que ella le hacía evocar en ese cuerpo del erotismo. La deseaba, hasta que su ser se consumía en la melancolía de tener que evitarla. Tenía, más que miedo al amor, a ella, porque era toda la antítesis del amor. Entonces, prefería fumar, para no tener que recordarla, y mejor quedarse viendo las terrazas. Sin embargo, los recuerdos como el humo, no paraban. Cada vez que fumó junto a ella fue la mejor experiencia de su vida, pues era buena compañía para las conversaciones y para el fumar.

Ella era lo que resumía el fumar como un arte, un placer necesario para los hombres.

H. Sarai Santamaria

PARADISE CITY

Take me down to the paradise city...

María se levanta a gran velocidad, debía hacer todo en el menor tiempo posible si no quería que el devenir ciudadano se interpusiera en su camino.

Where the grass is green...

Se lava los dientes, toma una ducha y escoge al azar la ropa del día.

and the girls are pretty...

No prepara desayuno, en vez de eso, agarra su mochila y empaca ahí un lápiz y un cuaderno.

Oh won't you please take me home, yeah yeah...

Ya está lista para salir de su casa, pero María no ha despertado y la alarma sigue sonando.

Alejandra Lozano

DE CÓMO A VECES LAS GUITARRAS ROTAS SUELEN CONVERTIRSE EN CADÁVERES INSEPULTOS

Para Mondragón Coubert

No fueron pocas las veces que tuve la oportunidad de visitar aquella letrina infecta donde solía refugiarse Iosu, donde solía encerrarse Iosu durante meses. Intentando escapar de la ciudad, de toda la, según él, podrida ciudad, de las calles donde se paría a diario el caos, la enfermedad, el desorden, la hipocresía, el odio, el poder que nos oprime a todos y por sobre todas las cosas, intentando escapar de la policía que quién sabe desde cuándo lo andaba buscado.

Iba allí solo para darle algo de comida, bebida y marihuana y para darle las últimas noticias sobre lo que pasaba en la cotidianidad de las calles y en la vida, sobre lo que sucedía en ese mundo exterior que a él se le volvió tan ajeno y del cual decidió alejarse para siempre para poderse sumergir, por fin, con toda comodidad, hasta el fondo, en el hambre, en la miseria y en el asco.

De esas visitas que hace tanto tiempo hice a Iosu ahora solo retengo dos escenas, o ni siquiera eso, más bien dos imágenes, una serie de objetos estáticos en el tiempo y tan bien ubicados uno respecto del otro que más parecía un cuadro pintado por las manos de Manet que esta puta realidad en la que todos, tanto ustedes como yo, estamos malamente acomodados.

Esta es la imagen de una guitarra. Como es obvio suponer, con las condiciones de vida de mi amigo, la guitarra está rota, tiene una grieta que empieza en el culo y que se abre camino por toda la caja de resonancia. Está recostada sobre una pared medio blanca y medio mugrosa, medio estable y medio caída por el deterioro del tiempo y por donde se abre espacio una ventana que deja entrar, casi que contra su voluntad, la luz más bien exangüe del sol de mediodía. La habitación que la guitarra comparte con Iosu y la casa entera están, de más esta decirlo, a oscuras. Es como si al estar en ruinas y al borde del derrumbe esa vieja construcción se avergonzara de sí misma, es como si se hubiera sacado los ojos (en el caso en el que la casa, claro está, tuviera ojos y sentido de la vergüenza) para no verse, para escapar de la imagen de su muerte, de su pronta destrucción.

La casa es Edipo cercenándose los ojos con las pinzas que anudan su cabello.

Pero no quiero desviarme de lo principal, de la guitarra, que es, por lo demás, lo único que me interesa de las visitas que tuve durante esos meses. La guitarra, además de estar rota, tiene solo tres cuerdas y como no es difícil suponer, está desafinada. Hace mucho tiempo que Iosu dejó de tocarla, ahora solo duerme (veinte horas o más) seguramente para olvidarse del hambre y del miedo. El resto del día lo malgasta en recordar a sus amigos muertos o encerrados. Ahora solo está acostado en un sillón lleno de cal y mugre que se encuentra en el otro extremo de la habitación.

Pienso en el abandono de la guitarra.

Pero no sé si la palabra sea abandono o más bien vulnerabilidad, desnudez, estar-expuesta-desnuda o estar-expuesta-al-desnudo-público. Después de todo es lo único que deja ver la luz que entra por la ventana. Me hace recordar otra imagen: la de las guitarras eléctricas que están exhibidas en las vidrieras de las prenderías de la Avenida Caracas con 52. También parecen estar-expuestas-al-desnudo-público, pero no solo eso, también están muertas, tienen el vestigio de una frustración, son la vergüenza de un músico sin talento y sin dinero que no le quedó de otra sino de empeñarla. La guitarra al poco tiempo muere rápida pero no por ello indoloramente. Muere de silencio, como resulta fácil suponer. Como en un fusilamiento o como el sacrificio de una res en un matadero.

Sí, como la muerte de una res.

Eso es precisamente lo que llena de horror la imagen de la guitarra rota en la habitación cabronamente mugrienta de Iosu, la exposición al público del cadáver desnudo y vulnerable de una res. Con la diferencia de que en nuestro caso se trata solo del cadáver cansado de Iosu.

Iosu, prófugo de la justicia.
Iosu, exiliado del mundo
punkero triste,
Adolescente envejecido,
viejo adolescente que se niega a crecer,
atrapado en las drogas y el crimen.
Iosu, muerto y perseguido.

Eso, solamente eso y nada más que eso es lo que representa la guitarra desnuda y rota de Iosu, su podrido cadáver y el cuarto, la casa, las paredes, el sillón donde duerme, la ventana con su luz mortecina es el escenario de un funeral silencioso, prolongado y anónimo.

Iosu tiene treinta y tres años y unas ojeras que le llenan todo el rostro. Tiene el pelo crespo y enmarañado y negro y es barbado y sobre todo, no parece tener muchas ganas de vivir.

No quiero despertarlo y sin embargo lo hago. La segunda imagen que tengo es de mis pasos luchando contra la oscuridad, acercándose hacia él, mis manos despertándolo con sigilo, para que no se cayera del sillón. Pero esta imagen no es tan alucinada como la imagen de la guitarra. Es solo la escueta leyenda que va debajo de todas las fotografías que se encuentran en las exposiciones; un texto, más que una imagen, donde se explica que es lo que está ocurriendo dentro de esas cuatro paredes: La caída, crucifixión y muerte de Iosu o por lo menos su deceso de lo real, de lo cotidiano, una realidad a la que ya no va a poder volver. Una realidad que lo desterró y lo envió a algún lugar fuera del tiempo, como si fuese un ángel caído o el puto de lucifer caído.

La charla con Iosu siempre es vaga. Yo le hago preguntas escuetas que él me responde con un sí o un no o simplemente alzando los hombros en un dejo de maleducada indiferencia. Así

mismo él me hace preguntas sobre lo que está pasando en su proceso con la ley. Preguntas que yo le suelo responder en un extenso monólogo en donde le hablo, o más bien lo regaño, o lo mejor sería decir que lo aconsejo sobre otra vida, lejos de los que lo buscan, lejos de la policía, una vida en donde no tenga que esconderse en esa casa en ruinas de donde no parece querer moverse; una vida en el campo, tranquila, en una finca en Cundinamarca, por poner un ejemplo.

Todo eso le digo y puede que le hubiera hablado de otras cosas de no ser porque tanto yo como él sabemos que todo esto es un engaño. Que yo le digo todo esto para que mi visita no sea tan aburrida; para que su muerte y su prolongado funeral no se hagan tan tediosos.

Pero sobre todas las cosas, le digo todo esto para que nunca se me salga en un equívoco la frase precisa, la frase contundente, la frase que lo sintetiza todo y que más o menos va así: Iosu, mi viejo Iosu, no es más sino que salgas a la luz y te veas a un espejo para darte cuenta de que tan solo eres un cadáver insepulto. Un pobre cadáver desnudo de guitarra. No va a tardar el día en que yo venga a esta hediondez de pocilga y te encuentre bien muerto. Abandonado en este sillón en el que estamos sentados ahora. No tardará el día en el que esas ratas, que seguramente te están esperando imperturbables debajo de estos pisos, te estén devorando.

—Eso ya no importa— sería la respuesta de Iosu en el caso en el que la frase esta me saliera en alguna imprudencia, una respuesta que a todas luces saldría como el producto de una reflexión larga y obsesiva llevada a cabo por Iosu en algunos de los viajes que se echaba de vez en vez al fondo de su locura.

—Sí, lo sé. Eso ya no importaría— contestaría yo pero solo por dejadez, para seguirle la corriente.

—¿Sabes que si importaría?

—¿Qué?

—Que si me encuentras muerto y devorado por las ratas entonces te darías cuenta de que quien terminó ganando la partida de póker fui yo.

—No te entiendo – respondería de inmediato.

—Tú lo entiendes bien, Raúl, sabes tan bien como yo de los años en los que he estado escondido de la ley sin ser capturado; sabes de los escapes que he hecho; sabes (cómo no lo vas a saber) de todos los golpes y huesos rotos que la huida me ha costado; sabes de mis meses sin comer ni un mendrugo de pan; sabes de como he tenido que soportar el frío y el horror de cada calle, de cada callejón de esta ciudad; sabes de los caños helados en donde he tenido que pasar las madrugadas. Cuando vives todo esto te das cuenta de que puedes aguantarlo todo, todo, todo. Que el sufrimiento se quedó dentro de ti y que puedes sufrir un poco más y soportarlo sin lamentarte. Te acostumbras al dolor a tal medida que ya no te importa si a ese dolor le agregan más dolor y, sin embargo, hay algo que no han podido hacer y eso es agarrarme y solo ahí te das cuenta de que todo ese dolor que te infringieron fue inútil. Si muero antes de que me encuentren eso querrá decir que solo yo gané y que siempre, siempre hay una esperanza para huir de ellos.

—¿De quiénes?

—De los tombos, de la autoridad, de la realidad, de la ilusión de autoridad, ¿qué se yo?— respondería Iosu con vehemencia, con sus ojos a punto de estallar, inyectados de locura.

Sí, estoy seguro de ello, si le hubiera dicho que estaba muerto en vida en aquellas ocasiones cuando fui a visitar a Iosu me hubiera respondido eso.

—Yo creo que quienes terminarían ganando serían las ratas— le hubiera contestado al final, mirándolo de reojo, solo para provocarlo o solo para añadir más dolor al dolor.

Janer David Rubio

LAS MOSCAS

Al principio las visitas eran esporádicas. Era poco lo que se veía a las moscas merodeando en aquella casa. Con molesto zumbido advertían su presencia desagradable y fastidiosa, recorriendo con vuelo turbulento la casa. Segura era la llegada pero incierta la fuga.

Un día el cuerpo de una de las molestas víctimas desapareció entre los cabellos de la dueña de la casa, quien extrañada e impaciente por saber el lugar donde estaba el cuerpo buscó por todo el lugar con desesperación. Hasta la noche cuando se agachó a recoger las pantuflas pudo ver el cuerpo que caía de su cabello al piso. El pánico invadió a la mujer al comprender que lo que quedaba del occiso había reposado en ella, no estaba limpia y la repulsión que sentía no le permitió entender que había sido descubierta.

Desde entonces todos los días aparecía una mosca en su casa, maldiciendo y reconociendo la conciencia de la misma le advertía —Mosca, la voy a matar, váyase porque si la encuentro la mato. El insecto volaba en torno suyo, desafiándola. Entonces, tras una larga batalla, el intruso era asesinado y así pasaba a diario.

Se hizo experta en el crimen y siempre implementaba el mismo modus operandi. Comenzaba con la advertencia, advertencia que de tanta repetición se hizo un cántico que profería con absoluta devoción, ansiando el éxito de la caza. Cuando advertía la ubicación de la bestia se armaba con un trapo cualquiera que le sirviera de arma. Debía ser tan ligero para manipularlo fácilmente y tan pesado para dar un golpe certero en el momento del impacto, asegurando la muerte inmediata de la víctima o en su defecto la inconsciencia de la misma. Luego tomaba el cuerpo con una bolsa y lo envolvía en esta con sumo cuidado, evitando el contacto directo con su piel. Lo aplastaba y desaparecía el cuerpo entre los restos de la basura de la casa.

Comenzó a aumentar el número de visitantes diario. Empezaron a llegar en pares pero sufriendo el mismo destino de sus antecesoras, a los pocos días el número aumentó y llegaron a ser decenas las invasoras. El aire era el terreno de batalla y el piso se había convertido en el camposanto de los cuerpos caídos. Para la mujer la labor de recogida se iba haciendo tediosa, pues a veces los cuerpos terminaban mutilados por el impacto del golpe y eran patas y alas las que debía buscar con detenimiento. Al anochecer desaparecía cualquier rastro de batalla.

La plaga parecía infinita. La guerra se le había convertido en el más grande propósito de su vida. La aniquilación era inminente, pero tal fin le consumía su vitalidad. Se había perdido entre los muertos y sentía que desaparecería con ellos pronto.

Poco después, no volvió a ver ninguna mosca.

Jeimy Clarena Herrera

CAMINANDO

Él tenía cuarenta y cinco años, aún conservaba el afro de la época y vestía sus camisas de seda siempre impecables, sin manchas, sin arrugas. En el barrio lo conocían por sus dotes futbolísticos pero más por la fama de “buena gente”. Los enemigos difundían sus experiencias y sus amigos la braveza de su existencia. Si bien la vida era económica, no lo era en cuanto a reglas sociales. Luchar el respeto era necesario y aunque muchos cargaron la inmediatez del dinero en el bolsillo, a la hora de medir corajes de nada valía el peso en oro cuando se era un cobarde.

Una vez de tantas veces él salió a caminar junto a ella y, en ese juego de ir y venir, gustaban de contar todo lo que veían; él le ayudaba a hacerlo. Ese día que más contaron él tenía su camisa de seda blanca. A Anne le parecía fascinante porque lo hacía ver elegante, perspicaz, serio e incluso inteligente y verlo vestir con ella producía en la pequeña aires de creatividad. Al ir caminando, empezaron a contar cada persona que tuviera una de ese mismo color. Él iba tan borracho que a duras penas podía contar, a duras penas la pudo llevar algunos metros en sus hombros y por eso ese día era el turno de caminar. Después de contarlas, él se sorprendía que llegará a mil, dos mil y tres mil para la corta edad y la falta de escolaridad oficial; pero ese año que ingresó a estudiar en un colegio público, él fue el único que supo su tedio por la escuela; supo bien que siempre Anne se aburría en clase y ese año tan oportuno para andar libremente y seguido entró la pequeña de seis años a cursar segundo de primaria al saltar el anterior grado por las pruebas de “competencias”.

Ese día la profesora se extendió en su discurso y produjo un efecto casi arrullador que, naturalmente, a ella la aburría, tanto monólogo la aburría y eso Anne le genera hastío, prefiere el silencio y distraerse es un alivio. Pidió permiso para ir al baño y la excusa en ese momento fue un respiro. Antes de volver al salón, notó que el vigilante coquetamente y distraído al mundo, le insinuaba cosas a la señora del aseo; la pequeña aprovechó para deslizarse por la reja y con todas las fuerzas que el alma libre representa corrió hasta la cantina de Don López, pasó la registradora para coger una almendra como costumbre suya de tomar lo que le agrada, y mientras la comía, cruzó un saludo de manos con Don López. Ella se sentía más tranquila, devorar una almendra era para ella devorar el mundo y jamás ha visto que una diminuta pepa devore gente. Tomó unas cuantas tapas de cerveza para jugar y fue a abrazar la camisa de seda que estaba allí, toda limpia e inmóvil con la cara de un señor borracho. Él, al verla, soltó una carcajada porque sabía lo que había hecho; tímidamente se acercó, saludó al Señor Gustavo para esperar el pellizco en el brazo izquierdo como de un ritual ameno entre ellos dos y esperó a que pusiera en el bolsillo una moneda de quinientos pesos como las otras veces; también saludó al Señor Elkin, con su bigote colorado, dándole aires de importante acorde a un doctor recién graduado según creía ella. Terminado los saludos el señor de blanco solo tomó un trago, suavemente levantó su cuerpo ebrio para ir a la caja, facturó él mismo lo que se había bebido y haciéndole señas a Don López, le dejó a cargo del negocio, tomó de la mano a la niña hermosa y empezó a caminar.

No era largo el trayecto, sólo era seguir la Agoberto Mejía hasta el CAI de Roma. Vilarete solo cedía un espacio si lo trasladaba al mismo, el punto era el bar la Y, allí él dejaría a Anne en el segundo piso para que jugara o en la calle si salían otros niños y seguiría la agenda; ella no supo en qué momento llegaron al barrio Egipto. El caso es que al cruzar la mitad del camino cerca al Amparo, Don Vilarete ya no tenía sus cinco sentidos puestos, por eso no contó más camisas, por eso no la llevó en sus hombros, por eso tropezó con el otro.

Aquel otro señor con chaqueta de cuero y pantalones azul oscuros, zapato botas vaquero y un bigote negro con una calva en la frente a medio hacer, fue tosco con él. Era sucio, grosero al andar y apenas si rozó con los brazos de mi papá que con la fama de “buena gente” lo miró.

Justo al finalizar el parque había un montallantas, allí él le pidió al Señor del negocio que la cuidara mientras el de la calva se quitaba la chaqueta. Anne solo vio cuando le dio el primer golpe dejándole la de seda salpicada en sangre, mientras el nuevo cuidador la entraba al cuarto de llantas. Giraron la cabeza y Vilarete tenía al otro por el cuello para dar tres puñetazos en la cara. Dejó de verlos y miró aquel lugar extraño. En una mesa había un escalpelo, lo tomó para guardarlo en el bolsillo naturalmente como toma una almendra y le preguntó al señor por qué estaba tan sucio aquel lugar. El montallantas era oscuro y más el cuarto, le explicó que se arreglaban carros y por eso siempre estaba sucio. El cuarto tenía frascos con aceites y lubricantes en gavetas colgadas, tenía un olor metálico, un olor quemado de gasolina. Anne se detenía en los detalles entorno al cuarto, el cuidador rápidamente colocó su pequeño cuerpo en una mesa, pronunció algunas palabras cariñosas para tranquilizarla pues se oían muchos gritos, tal vez eran del bigotón pero los gritos se aislaban al ser cerrada la puerta. El cuidador con overol verde militar era alto, también era calvo y de forma grande, casi redonda, tenía la cara sucia junto con las manos y una risa que dejaría ver unos dientes amarillos; ella hizo juego con el color, jardinera a cuadros blancos y cafés, zapato de cordones, saco de lana verde oscuro de botones transparentes con un estampado al lado izquierdo de un escudo que decía I.E.D Casa Blanca, a ese juego de verdes unas medias blancas. Después de eso, hasta la fecha Anne cree que las instituciones nunca preparan para las situaciones de la vida, no enseñan qué es un montallantas, no enseñan a desmanchar camisas blancas y no enseñan a defenderse de sujetos en overol. Solo supo que a esa parte se le llama vida y no hay institución de ayuda cuando viene alguien desconocido a transgredir su intimidad cuando bajan una media tipo pantalón blanco a borrar de ella toda muestra de ingenuidad. Anne solo pensó en la almendra que había comido horas antes y pensó en las frases de su padre que estaba afuera en una lucha de supervivencia absurda y al sentir el primer contacto con esa piel agujeroneante, sin pensarlo, sin miedo alguno punzó con el escalpelo el instrumento aberrante que la hería. Abrió la puerta y salió en busca de su padre; vio increíblemente a todos esos hombres rodear un círculo imaginario de lucha, se hizo paso y fue ella el calmante de lo que pudo ser una muerte innecesaria. Había sangre en todas partes, el bigotón con la cara monstruosa y Vilarete solo rasguños con un golpe en la nariz. Era otro hombre, completamente ciego por la ira dispuesto a acabar con su oponente y lo único que lo calmó fue una dulce voz pidiendo ingenuamente un poco de yogur con melocotón. Al escuchar tal petición, de la borrachera no había nada. La alzó en sus brazos y le dijo: —Perdón, vamos a ir por tu yogur y además, vamos a aprender a caminar.

Durmió todo el camino, al bajar del taxi sintió el frío bogotano, no sabía qué lugar la recibía, solo vio que al llegar a una tienda, un indigente en el barrio Egipto le extendió la mano, saludó a su papá y le pidió un pan, un poco de salchichón y la famosa colombiana de esos tiempos. Empezaron a hablar y entre risas pensó en mamá y su frase “nunca charle con desconocidos” y pensó en el señor de overol, realmente no habló con él y he aquí una experiencia dolorosa difícil de borrar y miró al que estaba en frente, al de ojos negros, mirada distraída fumar su cigarrillo, y habló con él y se dijo: —Éste tal vez no me haga daño—. Y habló con él.

Años después en otro camino, el parque La Independencia se vestía del frío capitalino y entre el smok grisáceo volvió a ver al Guajiro fumar su cigarrillo: aún tenía su mirada distraída, pero seguía con su claro ingenio. Hablaron y guardaron gratos silencios; al final le regaló unas yerbas, algo de ruda con otras tantas, no supe lo que era, solo sé que las recibió y sé que si lo vuelve a ver le dirá alegremente: —¡Ey! Guajiro, no hay quistes, ni dolores bajos. Si lo vuelve a ver le dirá que Vilarete ya no es tan "buena gente", le dirá sobre su pierna a punto de estallar por venas varices mal cuidadas o por los estragos del alcohol en aquellas épocas, da igual la causa, Vilarete no camina. Es más, cuando lo vuelva a ver sé que le dirá: —¡Ey! ¡Guajiro! Ahora soy yo quien va caminando.

Elizabeth Adnar

BARRILLETE CÓSMICO

A Edwin. Y a la memoria de mi abuelito Alfredo, al que no alcancé a conocer.

No habías nacido. ¡Ah Yeisiton pero si lo hubieras visto jugar! Le decían Pelusa, ¿sabes? Aunque nunca me gusto ese apodo, ni tampoco que jugara en ese club que usa los colores de la bandera sueca (nadie puede ser perfecto). Párame bolas chiquito: cogía el balón aquí, un par de metros antes de la mitad de la cancha –pásame esos cueros negros para empezar y entonces sólo existía él, no como ahora que se nota el individualismo, la envidia, el resentimiento... no. Con él no. Uno deseaba que cuanto antes, le llegara el balón y empezara a gambetear uno, dos, tres, cuatro... era un mago el gordito. Ahorita no sé.

Cuando en un partido, (que en realidad significaba más que eso) entre su selección que vistió la camiseta de ese azul del cielo, que las nubes hace tiempo no nos deja ver, y la inglesa que uso un color sarcástico para las consciencias de varias personas. Y éste tipo agarra la bolita de espaldas, antes de la mitad del terreno y burló (con sólo un giro a la derecha) un par de ingleses. Luego, con una carrera endemoniada y una gambeta celestial siguió en dirección al arco, con el balón amarrado a esa zurda (que más bien era un guante). Vino otro gringuito –pásame el nailon negrito que está detrás de la vitrina- y tenga que lo deja viendo un chispero. Iba de izquierda a derecha. Ya tenía a tres corriendo despavoridos detrás de él. Era un pasito, y la alargaba, un pasito y un drible, y así, por los siglos de los siglos... más adelante, se encuentra con un rubiecito que lo quiere agarrar de frente (pero qué van a saber ellos de tener la cintura suelta, como la tenemos nosotros, los de este lado del charco). ¡Parecía que lo había traspasado al pobre!

Y el siete (disfrazado de nueve), flaco y no menos veloz, era el mejor espectador: corría casi a su lado; y pídala desesperado, sin comprender lo que veía, solo pensando en su gol y en el error que podía cometer el gordo bajito que usaba la diez si no le hacía ya el pase; seguramente el güevonsito decía: “si lo sobran, y le quitan la pelota, voy y lo cago a golpes en el piso”: así de egoístas y malpensados éramos los número nueve de aquí y allá. Ahorita no sé.

Ya no eran cuatro corriendo tras él. Serían cuarenta millones, los ingleses intentando frenarlo, cada uno a su modo y así evitar su humillación y el grato recuerdo para el resto del mundo. Quedaba el arquero, ¡qué pecao!; sin embargo, el que había dejado viendo un chispero, no se iba a quedar con esa, casi lo alcanzaba –pásame los cauchos blancos que están ahí debajito- Entonces, deja despatarrado al portero y el que casi lo alcanzaba, en un último esfuerzo por ser héroe nacional pero lleno de maña, ¡tome que se le lanza en plancha por detrás y a los tobillos!, sí, lo hizo caer, le molió el tobillo derecho, pero era demasiado tarde. Por su parte, el siete, que se lo quería devorar por no pasarle el balón en la carrera de más de cincuentaicinco metros, no tuvo más remedio que ver cómo el baloncito abandonaba esa zurda de oro, se iba metiendo despacio entre el arco, pisoteaba la línea blanca, besaba la red y lo dejaba sin un papel protagónico en el mejor gol del siglo. “Barrilete cósmico” lo llamó, un narrador deportivo de su tierra que con voz dulce y quebrantada narró aquella proeza del fútbol.

Celebró el gol corriendo como si estuviera fresco y sin golpes, ¡pero qué fresco iba a estar! Si jugaban –tráeme el pegante amarillito mi chinito- en pleno verano mexicano a medio día y corría el minuto cincuentaicinco de la segunda parte. Otro compañero suyo (que era de palo como los otros nueve) al que le decían CHEcho (llevaba el cabello largo y esa barba poblada y espesa, que ya ningún futbolista usa) corrió hacia él desbordado de júbilo pero con estupor. El diez dijo años después, que no era El CHEcho sino Jesucristo el que lo venía a abrazar en ese momento.

Cuando me di cuenta, quién sabe cuánto tiempo llevaba abierta mi boca frente a ese televisor viejo que sirve ahora de mesita... ¡pero qué tiempo ni qué ocho cuartos!, si desde que le hicieron el pase gol, hasta la última repetición, se me detuvo el reloj. –Sácame de esa bolsa los cordones blanquitos y alcánzame un par, por favor- Ahorita, en cambio, las horas parecen minutos... no sé.

Ya está. Acabamos de crear otro par de guayos de verdad (como los que enseñé a hacer a tu papá). Pero esta vez no son para vender. Póntelos a ver cómo te quedan, ¿te gustan? ¿Sí? Bueno, son para ti, Yeisiton. Ahora sí, cerremos chinito, cerremos ya, apaguemos y vámonos a dormir, que ya es tarde, tenemos frío, estamos cansados, con hambre, sed, solos... y hoy tampoco se llevaron ni un par.

Edgar Alfredo Guk

EL OLVIDO

Siempre me han hecho reír sus muecas. Esta foto no era para ella, era para recordar los cinco meses cumplidos de su hermano. A ella no le agradaban las fotos, por eso empezaba a gesticular, a cubrirse la cara, a desviar la mirada. En realidad no le importaban las fotos. Yo quería recordarla así, en su actitud desprevenida que abandonaría con el tiempo. Tal vez eran celos de hermanos los que la impulsaban a llamar la atención, a ocultar su fragilidad bajo el pelo desordenado y la sudadera de siempre, la de jugar fútbol con los vecinos.

Ella no me cree pero siempre quise tener una hija. Antes le peleaba su falta de delicadeza, ahora entiendo que buscaba agradarme y ser un poco como yo. El nacimiento de su hermano alimentó la creencia de que tener un hijo varón produce más felicidad y menos problemas. Ella no quiso ser más un problema así que empezó a cambiar al modo en que todos le decíamos.

Guardo esta foto. A ella le molesta. Una vez discutimos fuerte sobre asuntos de dinero. Me hirió bastante...resolvió irse, quiso que rompiera esa foto diciendo- la de esa foto no soy yo, ya crecí y esa niña no existe.

Tiemblo al ver la foto. Me siento culpable de haberla hecho odiar lo que era. Esta foto es mi sentencia y el único sustento del recuerdo. También la veo en una que otra portada de alguna revista Light. La gente no entiende por qué me abruma ver el “triumfo” de mi hija. Siempre que me llega algún comentario, alguna felicitación, se instala una sombra densa en mi rostro que promete ahogarme y no lo hace, me señala, sabe lo que hice: cambiar la luz de adentro por la de fuera, la alegría oculta por la elegancia revelada, la chispa jovial por el reflejo del flash que la encierra como a la libertad perdida por todos e insoportable de ver.

Ella aprendió bien porque yo hago lo mismo. Me encierro en la oficina y finjo revisar algún caso. Miró largamente la foto. Pienso en que ella aprendió lo esencial de las leyes: sus vacíos...y se quedó en ellos tal como yo. Como último gesto de justicia acepto la condena más alta que se puede dar a un padre, no merezco menos. La muerte no bastaría.

Nidia Martín

LA CENA

La entrada era lo que se podría llamar, común. No había nada destacable en ella, a no ser de un largo pasillo de puertas alineadas de izquierda a derecha en una casi perfecta sincronía, así como un restaurante a la entrada, que no era nada especial, porque como sabrán quienes alguna vez hayan ido a un restaurante a cenar, la comida no es nada especial. Lo que suele resultar gracioso, pues verán, generalmente la gente va a cenar a un restaurante por la comida, pero en este lugar, y específicamente en esta ciudad y país, sucede todo lo contrario... advertirán, que la gente de acá no gusta de la comida, sino del espacio en el que se come. Les abruma tanto su espacio personal, tan frívolo y sin sentido, es decir su casa, su hogar, que prefieren por mucho comer algo asqueroso, en un lugar agradable.

Algunos suelen preguntarse por el motivo de dicha conducta anómala, cuestionando a sus conciudadanos con una pregunta fundamental, «¿Por qué pagas por comer algo que podrías preparar en tu casa?». La respuesta es sencilla y muy pocos suelen darla; pero aquellos que la dan, no utilizan en general ninguna expresión que contenga más que tres o cuatro palabras «¿Nos tomamos una foto?». Y a eso puedo decir que se limita la comida en un restaurante. Por el que acabamos de pasar no es la excepción, ya que debo admitir: me encanta su decoración; es algo rústica, eso le da un buen sabor a la “comida”. Pero volviendo al pasillo, largo oscuro y con muchas puertas de izquierda a derecha, de las cuales desconozco en absoluto su contenido topológico, fuimos a parar a una muy especial. Una puerta de esas que suele rechinar por el óxido o el desgaste entre apertura y cierre, y que solo conducen a otro pasillo. Piénsese en una puerta de hospital que rechina. El otro pasillo era algo curioso, sus paredes sobresalían al tacto; era una especie de deformación puntiaguda piramidal hecha de algún material similar a la goma-espuma con la que se fabrican algunos juguetes para niños. El pasillo este no era tan largo y oscuro como el anterior, pero conducía a otra puerta igual que la primera. Pensamos por un momento que tendríamos que atravesar de nuevo por otro pasillo, esperando encontrar todo tipo de formas en las paredes. Dimos con formas circulares como senos, imaginamos trapezoides en acero colgando sostenidos apenas por un hilito, divagamos en lo infinitesimal de un vector pitagórico en la estreches de un pasillo bidimensional... en fin, pensamos lo peor; puedo asegurarlo, porque entonces ella sujeto mi mano con más fuerza. Cruzamos el umbral de la puerta metálica que rechina y fuimos a parar a un cine de perspectiva horizontal, con grandes sillas mullidas de color azul.

Lo que vendrá ahora, es lo que realmente interesa. Una vez estando en aquel cine, del cual olvido por completo el nombre, nos dispusimos a ver lo que se proyectaba en la pantalla. Dimos con dos asientos, al lado izquierdo de una señora regordeta, que cargaba en sus piernas un gran balde con crispetas y un vaso a lado izquierdo también, repleto de alguna bebida gaseosa. Del lado derecho, una pareja de jóvenes se abrazaba de manera tal, que verlos resultaba incómodo. Y resultaba incómodo no porque el abrazo no estuviera cargado de afectividad, por el contrario, la desbordaba; sino, sobre todo, porque eran dos jóvenes algo bruscos de observar, eran, lo que se dice, unas personas feas.

Ella se sentó junto a la pareja esa del lado derecho y yo fui a parar al lado de la gorda de la izquierda. Miraba su bebida, porque aquella escena (y no hablo de la que en ese momento se

proyectaba en la *pantalla*) me dio sed. Me sentía aprisionado. La chica con la que venía se sentía incomoda, pero no tanto como para lanzarme una mirada de deseo, mientras yo sudaba calorías. Recordé de momento, que llevaba conmigo algo de beber en la mochila, que me dispuse a compartir con ella; por aquello de que los dos teníamos sed. Ella lanzó sus manos al paquete, intentando devorarlo. La contuve, porque eso de comer en público, junto a una solitaria gorda y dos personas poco agradecidas, no sería bien visto; pero eso a ella no le importó.

Desajusto la correa, se abrió paso entre la tela y sus pequeñas manos empezaron a acariciar lujuriosamente eso que deseaba tener en la boca. Saco el contenido y comenzó a comerlo. En la *pantalla* una mujer desnuda pasaba por un pasillo largo e iluminado, hasta llegar a una puerta. Cruzó el umbral y encontró la entrada a un mundo de agua. Un gran patio como una plaza, sin azaleas ni petunias; sólo agua iluminada por una luz blanca en la mitad de la noche fluyendo a chorros. Dos viejos se morían al presenciar en aquel insólito acto su vida como un resplandor. Todos en aquella escena actuaban con máscaras puestas por un pudor infame. Tuve la sensación metafísica de verme desde la pantalla. ¡Fue hermoso!

Recuerdo bien que esa noche no entramos al restaurante.

Rigoberto Peñuela

LOS AUTORES

Esperanza Umaña (Bogotá, 1995). Soy persona, del quinquenio anterior al nuevo siglo, amante de nuevos caminos, cómplice del andar sin rumbo, compañera del lenguaje y su misticismo. De curiosidad inagotable y asombro infantil, es para mí la vida un texto inacabado que no pretendo concluir, un texto del que soy palabra, palabra que vaga con el anhelo de hallar su lugar, con el acuciante de aprovechar el tiempo, la vida que cada minuto guarda.

Descubro quién soy en mi relación con los otros, me construyo y me renuevo con ellos, con mi realidad; tengo la certeza de que la vida esta colmada de oportunidades de aprendizaje y que cada escenario en el que dos ideas se encuentran son la base para construir conocimiento. Creo en las palabras, en la literatura, en la creación y en el entendimiento como camino para alcanzar el bien y la felicidad de los hombres, refuto la superioridad de mi especie “humana” -aún no hemos evolucionado-, creo en la imaginación y en los sueños inocentes de los más pequeños, creo en que ellos, nuestra generación y la que nos precede tienen el potencial necesario para construir sociedad, compartimos el anhelo de un mundo mejor y compartir manifiesta nuestro rasgo de humanidad.

Nidia Andrea Martín Bolaños (Bogotá, 1989). Egresada del colegio Nuestra Señora del Rosario, Actualmente cursa el pregrado de Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana en La Universidad Distrital Francisco José de Caldas donde obtuvo el primer lugar del II Concurso De Poesía Semana Universitaria en 2013.

Como parte de su búsqueda en el campo de la literatura y diversas formas de expresión, administra el grupo Poética. Participó en el vigésimo primer Festival Internacional de Poesía de Bogotá 2013. La revista Ulrika en su edición 48o publicó dos de sus poemas finalistas de la convocatoria Nuevas Voces para la poesía colombiana hecha por el mismo festival. Hizo parte de las V Jornadas Universitarias de poesía Ciudad de Bogotá. En 2014 participó en el encuentro de poesía Voces de Fuego.

Anderson Alarcón Plaza (Funza, 1996). Nacido en Funza, Cundinamarca, ha dedicado su breve vida a los libros. Ha participado en diferentes antologías dentro y fuera de su municipio. Mención de honor en el concurso RELATA 2015. Asistente activo del taller *Voces del Majuy* en el municipio de Cota. Se ha desempeñado como director del taller *Mesitas para escribir*, en el municipio de El Colegio, Cundinamarca, siendo jurado del concurso escolar de cuento de dicho municipio. Lector voraz de la obra breve de autores como Roberto Bolaño, Rubem Fonseca, Jorge Luis Borges, William Faulkner y Ernest Hemingway.

Brayan Ibarra (...). Soy una persona que empezó a escribir en verso, en su mayoría rimado, porque sufría de desvelo, no tenía a quien contarle mis cosas y sentía la necesidad de decir algo, pero no tenía la forma de expresarlas con mi voz y encontré en este medio la forma de aclarar las frases que me gustaría decir; al no poder dormir se me ocurrían muchas frases que reflejaban, o narraban las historias de mi vida; o cosas que le pasan a los conocidos míos, o historias en las que he estado presente; todas las cosas que escribo son motivadas por sucesos reales, alguna emoción que me abarca, o por algo que quisiera que ocurriera. Estos poemas que aquí presento de cierta forma están relacionados con momentos que he vivido en la universidad, ya que las experiencias que he tenido en este lugar me motivaron a crearlos.

Por su parte el cuento, nace porque en esa situación, tenía muchas cosas que decir y los versos se hacían escasos para narrar ese acontecer por el cual estaba pasando. Ahora que las ideas se han acabado, y que no tengo que contar; motivo por el cual hace mucho no escribo algo nuevo, me he decidido a mostrar algunos de mis escritos, aunque en un tiempo pensé en no hacerlo, pero ya que se presenta la oportunidad, como no hacerlo.

A. A. (Bogotá, 1994). Agustín Aldana nació el 9 de abril de 1994. Participante del taller de creación literaria, realizado en la localidad de Engativá en el año 2015. Enamorado de la literatura desde niño y de la poesía desde los 12 cuando quedó atrapado en los laberintos borgianos y las llamas inapagables de José Emilio Pacheco. Soñador incansable de los universos creados por Lovecraft y Tolkien a quienes les debe su primer acercamiento a los intentos de creación, al ser asistente de diversas charlas y talleres que se realizaban en diferentes bibliotecas públicas de la ciudad, donde tomaría gusto por la tarea de describir para sí e intentar hacerlo para el deleite de otros. Gracias le doy a los maestros que en esos años acompañaron y aun acompañan desde la distancia esta bonita tarea de crear mundos a través de la palabra, Hellman, Jorge y Henry.

Emilio Jaramillo (Bogotá, 1995). Tengo 22 años y resido en Bogotá, donde nació también. Me apasionan todas las bellas artes, y por eso me he interesado por conocer y hacer algo de música y teatro. Tengo algunas preferencias a la hora de leer, mis escritores de cabecera son Hamsun, Pessoa, Borges, Carpentier y Dazai. Cada uno ha sido un maestro para mí, y he logrado crear un diálogo con cada uno, si es posible decirlo en esos términos. Mi descripción radica en mis lecturas porque eso es mi vida.

Frank S. T. (Bogotá, 1996). De entre muchos caminos, la poesía fuera la forma de lamentarse más mística (miento), un arrobo que no se superaba a sí mismo pues su éxtasis siempre fue para mí un eterno retorno, fatalmente, a la elegía, sea cruda o un intento de fiereza estética su forma. A veces, una negación de la vida, un deseo metafísico de desprenderse de lo mundano; otras, la vida en su frustración más palpitante. Los autores que son más cercanos compartieron siempre su dolor ya sí sentí la poesía: Rilke, Ajmátova, Yesenin, Trakl, Aragón y un largo etc. de aquellos que en la palabra vertieron su ser para tantos como yo. La poesía quizá nace de la violencia del mundo, la violencia de contemplar, la violencia del llanto, de las despedidas, del golpe, en la violencia de verse en el lenguaje.

Así pues, me entreveo como un consumidor de alguna que otra palabra, con 20 años encima que no he pedido, pero que, al retornar a la patria, devolveré. Híbrido de progenitores dispares por excelencia (como la mayoría). De ella, su todo que aún me arrulla y, al abrirse mis ojos y saberme en su pecho, la vida es un constante comienzo. Él, que camina con pasos de plomo y que lucha contra la memoria. De ambos: el dolor que la vida les impuso. Como en Esquilo y P.B. Shelley, el docente es un Prometeo. En Bogotá padecí mi niñez, en San Agustín fui joven y en Bogotá, de nuevo... Ah, quién sabe.

Heidy Bustos. (Bogotá, 1996). Mujer bogotana de 20 años, aficionada al ruido y al polvo por obligación. Simpatizante de la euforia, de la emoción y el feminismo. Viajera, presa de los ríos fieros del Tolima, camarón de tierra caliente, saltadora de olas y degustadora de chirimoyas. Hija no deseada pero querida, cumpleaños en mala fecha y dormidora olímpica. Lectora lenta, es difícil que termine un libro que no me emocione. He visto muchas veces “La lengua de las mariposas” y aún me hace llorar.

Amante del amor, guiada por impulsos. Desinteresada de la opinión pública, creo que mis secretos son el dinamizador de mi convivencia y los cuido. Fan de Pearl Jam y mi gata, Sol. Quise ser bombera, doctora, veterinaria y militar; ahora me asquean los militares, muchos bomberos, doctores y veterinarios. También muchos docentes y eso me motiva a procurar ser una buena maestra. Pesimista.

Estos poemas son la primera socialización de contenido de mi blog personal, son escogidos porque no me exponen y en cierta medida, son escritos en momentos que perfilan mi personalidad y mi concepción de la vida.

Elizabeth Adnar. (Santander, 1994). Tatiana Aranda es lo que escribe, mujer de 22 años, nacida en Puente Nacional Santander, dedicada desde los 8 años hasta la fecha a la vida laboral, egresada del INEM de Kennedy al cual le debe la experiencia del Deporte, el Teatro, la Poesía, la Matemática y la Danza, como formadores de su vida. Estas pasiones (sólo disfruta actualmente la poesía en los espacios de la Universidad) son los inicios, los eslabones de lo que ha construido como, esposa, madre y profesora.

La matemática es uno de los pilares de sostenimiento de su vida diaria y la poesía, resumida en la lectura y la escritura es una forma de resistencia ante la cotidianidad que representa su vida laboral, por ello, la mayoría de los textos que ha tenido oportunidad de construir son una muestra de las vivencias de personas que conoce. Cada texto es una expresión producto de todas las “Marías y Josés” que pasan por adversidades; debido a que muchos de sus estudiantes, dejan sus recuerdos, sus deseos, sus palabras en cada sesión. Es gratificante poder reunir en unos sencillos párrafos la calidad de vida que ellos representan. Por ello, Elizabeth como seudónimo se simboliza en cada poema como ser de duda y de ayuda en la medida en que laboralmente no es ella quien enseña sino quien aprende de los demás cuestionando su quehacer y a partir de esto materializa la experiencia a través de sus textos. No en vano cada texto posee su dedicatoria.

Jekomsky D. – Azif Estridulación (Bogotá, 1988). Para escribir me columpio en las obras e inspiraciones de otros, esos que hacen con su palabra un espacio en el que para mí la composición se convierte en un hecho, en la materialización de la palabra en obra bella que expresa y me conmueve, me disloca, me inspira. Persigo el supremo y potente arte que han conquistado otros; pero el impulso de escribir se debe básicamente a que vibro con ello, me estremece el poder de sentirse dueño de cualquier mundo y encontrar en la escritura la ventana que lleva emociones de las que no se sabe nada y que embargan al mundo en envoltorio de juegos y palabrejas que lo llenan todo de misterio o de virtud.

No tengo un estilo novedoso, ni manejo teórico de las figuras, ni las formas... solo intento seguir las indicaciones de Silva y de Darío “llamando a los ritmos con conjuros mágicos e intento vestir de modo salvaje y espléndido”, “Vistiendo de púrpura y amasando con fiebre”; pero aún no lo logro... Sólo escribo, solo dejo que salga lo que me han compartido los demás, mis maestros (escritores, amigos, docentes), mi ciudad, mi calle. Sin mucho más que decir agregaré que mi temática es la pasión, la noche, el callejón y la magia.

Alejandra Lozano (Bogotá, 1994). Estudiante de sexto semestre. Hija prodiga de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro del comité editorial de la Revista Gavia y la Revista La Ventana /Soluciones imaginarias. Coordinadora del comité organizador del Coloquio estudiantil sobre identidades en América Latina sede Bogotá. Actualmente se desempeña como promotora de lectura en espacios no convencionales con Fundalectura. Sus escritos abordan temáticas diversas, poemas como Instrucción al músico principiante, de corte intimista nos sumergen en el mundo del erotismo y el encuentro sexual; otros poemas como

Canción para Magdalena y *Clamor desde el averno*, contenidos en su proyecto de poemario titulado *Voces desde la niebla*, de un corte más testimonial ahondan en la reconstrucción de la memoria histórica colombiana, recordando a sus lectores los estragos de la naturaleza y el conflicto armado en Colombia.

Kely Yohana Galeano (Bogotá, 1991). Estudiante de Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, coordinadora del presente proyecto literario; escribe poesía hace ya varios años, compartiendo en el 2017 parte de ese trabajo en el poemario *Despersonalización*, presentado este por la misma autora en pequeños círculos de poesía. Algunos de los poemas presentados en *El cantar de la palabra* hacen parte, justamente, de ese poemario y otros están incluidos en otra serie de escritos aún sin compilar bajo un título.

Juan David Cabrera (Cali, 1997). Estudiante especialmente interesado en las relaciones entre la literatura y la historia de la violencia colombiana, en el año 2015 fue merecedor de una mención especial por parte del jurado del VII Concurso Universitario de Crónica de la Universidad Externado de Colombia con *Aquel 11 de mayo*. Además, ha participado como ponente en las universidades Distrital y Autónoma. Se debe decir que ha tenido un proceso escritural y creativo que ha abarcado años y se ha centrado, en gran parte, en lo que es la narrativa.

Naisha Herrera (Bogotá, 1997). No soy profesora, ni soy escritora, pero vivo para compartir, amo relatar, y aprender. Paso los días buscando mejorar como persona, para algún día llegar a ayudar a otros a hacerlo, mi tiempo de ocio se dedica a las historias, las veo, las escribo, leo o imagino. Pienso que cada ser tiene una historia, que cada historia merece ser contada, y que con esfuerzo, algunos pocos (y deseo incluirme entre ellos algún día) encuentran la manera de hacerlo.

No soy profesora, ni tampoco escritora, pero sé que aún así estoy más cerca de serlo que aquellos que (contrario a mí) no lo desean o no se esfuerzan, que no practican, que no luchan y que no les apasiona. Amo la fama que produce una frase bien dicha, una idea ingeniosa, o una palabra adecuada; de manera que deseo ser conocida por mis escritos, pero no porque sí, sino porque han llegado a provocar realmente un cambio en el mundo, la lengua, o una sola persona.

William Pascagaza (Bogotá, 1995). Difícil decir sobre uno mismo alguna sombra o rescatarse del silencio para contarse o intentarse a otros. Y lo es porque parece más sencillo permanecer en la discreción de la anonimidad y allí ocupar ineluctable aquel lugar del mundo que se supone nuestro –así ese lugar se denomine desarraigo, una suerte de estar no estando-. Escribir me ha sido, en ese lugar, una especie de urgencia por nacer constantemente, más allá de la costumbre que traen los días con sus rutinas y desdichas.

Pero más allá de la escritura hacia fuera, me he entregado a la escritura hacia dentro, es decir a la lectura, ese oscuro acto en el cual somos inventados por las palabras de otros, y en tal proceso maravillados, estremecidos, obnubilados. Quizá, por ese afán de leer a otros, y de leerme a través de otros, he querido realizar, junto a Kely, este proyecto denominado *El cantar de la palabra*.

Paula Melissa Escobar (Bogotá, 1993). Nací en la ciudad de Bogotá en la noche del 31 de marzo de 1993. Crecí en una familia numerosa donde la mayoría somos mujeres. Desde niña mi familia sembró en mí un deseo particular, que aún perdura, por salir de la ciudad cada vez que fuera posible, ya que tengo ascendencia Boyacense e Ibaguerena. La música siempre me ha conducido y ha sido prácticamente la que ha marcado el paso por los distintos momentos de mi vida, cada uno de los cuales recuerdo acompañado de un ritmo en particular. El arte está siempre presente cantando y creando, pienso, se vive mejor.

Leandro Ramírez (Bogotá, 1996). Leandro José Ancizar Ramírez Peralta nació, en contra de su voluntad, en Bogotá, Colombia, durante la noche del veintidós de diciembre del año mil novecientos noventa y seis. Estudió la mayor parte de su bachillerato y primaria en un colegio de la localidad Bosa llamado Carlos Albán Holguín donde se interesó ampliamente por la literatura. Allí, guiado por una Maestra egresada de la institución donde él estudiara, comenzará a escribir poemas cortos y de baja calidad.

En el año dos mil catorce, invadido por espíritus chocarreros de peligrosa procedencia, decide estudiar Licenciatura en educación básica con énfasis en Lengua Castellana en la Universidad Distrital Francisco José de caldas, esperando lo mejor para el incierto futuro que lo esperaba. En este lugar, que le sirve para aprender un poco de cada una de las artes y disciplinas, conoce distintos compañeros y maestros que le sirven de inspiración para la creación literaria.

En el año dos mil diecisiete se inscribe a esta convocatoria temiendo que si no lo hace será consumido por esas peligrosas presencias chocarreras que hace tanto no atormentaban su vida.

H. Sarai Santamaria (Bogotá, 1995). Estudiante de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, cursando octavo semestre de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana. Escritora desde los doce años, con montones de novelas y relatos en proceso. Abarco todos los géneros desde ciencia ficción hasta terror. Escribo por pasión y placer, comencé en el colegio, a la hora del descanso o cuando me aburría, luego, no pude dejarlo, y me di cuenta de que era una de las muchas cosas que quiero siempre disfrutar de la vida. Bloguera desde hace tres años, un hobby que contrasta con las actividades académicas. Creadora del blog *WriterGirls*, la idea de una comunidad de chicas escritoras, convocadas en varias ciudades. Escritora activa en la red social Wattpad, desarrollándome como correctora de estilo y creadora de portadas. Líder de un semillero de investigación enfocado en la escuela rural. Aficionada por la fotografía. Viajera cuando el tiempo lo permite. Caminante y amante de mi ciudad natal Bogotá, desarrollándome como cronista gracias a las caminatas cotidianas. Entregada al relato autobiográfico, como el eje en que gira casi toda mi escritura. Ensayista de tiempo completo. Lectora en los buses, paraderos y salas de espera. Poeta poco conocida. Cuentista desde niña. Amante del teatro, adaptando y montado obras. Influencias: Chéjov, Cortázar, Kundera, Neruda, Gioconda Belli, y muchos más, nombrarlos a todos serían más páginas.

Janer David Rubio. (Bogotá, 1991). Ha vivido la mayor parte de su vida en Bogotá. De sus padres no se ha sabido gran cosa. Durante la mayor parte de su adolescencia ha estado entre los centros correccionales para menores, la casa de su madrastra y los billares de donde lo sacaban los dueños, cargándolo en un claro estado de deterioro moral y físico, caído por intoxicación etílica, a las dos de la mañana.

Pese a lo que creían sus amigos logró graduarse del bachillerato en el 2008 en un centro de validación. Logró entrar a la universidad Distrital en el 2009. (Si con el bachillerato sus amigos casi no se lo creían con la admisión en la facultad de educación pensaron que había amenazado a alguien de la universidad o, en el mejor de los casos, pagado para conseguir dicha admisión). Desde ese año no ha vuelto a pisar un centro de reclusión. Actualmente se dedica (por su paupérrima condición económica) a cualquier trabajo mal remunerado, vive en el lumpen de la ciudad y se interesa por autores que desenmarañen el problema sobre el mal y la condición moral del hombre en nuestra época.

Tiene varios proyectos de escritura en los que se interesa por ficcionalizar la vida del crimen de Bogotá y crear en los criminales de la ciudad personajes que pasen de un mero realismo crudo a una reflexión estética y ética sobre el hombre.

Jeimy Clarena Herrera (Bogotá, 1994). Soy estudiante de Lic. en Educación Básica con Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana, estoy en últimos semestres de la carrera y tengo 22 años. Desde que era pequeña siempre tuve interés en el mundo de las letras, el sumergirme en la lectura me permitió explorar la vida desde diferentes realidades y el escribir ahondar en mis sentimientos, buscando reconocer y plasmar aquello que consideraba indescriptible. Siempre me he sentido parte de las manifestaciones artísticas y por ello he hecho parte de grupos de teatro, en los que he comprendido las diferentes formas de narrativas. Tengo preferencia a leer a Poe, Sófocles y Camus. Por ahora me he centrado en el campo de la novela gráfica, una forma de literatura que no ha sido muy trabajada y que me ha permitido abrirme a diferentes perspectivas.

Edgar Alfredo Guk (Bogotá, 1988). Me llamo Alfredo, hijo de Miryan y Abel; hermano de Diego; y aunque creo que con esto podría ser suficiente, debo decir que me desvivo por tres pasiones: el fútbol, la literatura y la música. En esta última, confieso que a falta de talento, se me dio por escucharla. Empecé un camino -hasta hace unos años impensado- al laborar de manera independiente teniendo como base lo aprendido en la academia y la vida, partiendo desde el punto de la angustia que produce el desempleo. Soy amigo de la sinceridad, el silencio y la sabiduría. Desde niño aprendí que los humanos tenemos dos oídos y una boca para escuchar el doble de lo que decimos. Me animé a intentar escribir, y me da vergüenza decir y mostrar qué escribí... la culpa es mía por leer a un lector como Borges. Sin embargo considero que es un acto de agradecimiento decirle adiós a esta carrera con algo de lo que he creado y, de alguna manera, es deber devolver lo que se ha aprendido y aprehendido.

Rigoberto Peñuela (Bogotá, 1995). Rigoberto Peñuela León, nacido el 20 de abril de 1995, en un país de desigualdades y crisis, en el seno de una familia humilde, y como muchas de las que conforman este país: inestable: se propone desde muy temprana edad, abordar y dejarse abordar de la literatura, para salvarse de sí mismo y afrontar la realidad con breves momentos de cruda imaginación. Ingresó a la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, a la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana, con el afán imperioso de superarse a sí mismo, pero termina encontrándose con un medio poco favorable, desconfiado y envidioso, en que decide no compartir nada de su obra, a pesar de su ambición por hacerse notar, demuestra ser tímido a la crítica recelosa, siendo el caso de no haber presentado formalmente ninguno de sus trabajos literarios. Poco pretencioso, agudo en ocasiones con las palabras, e inestable con el ritmo, presenta esta pieza literaria, como su primera vislumbre al mundo, esperando simplemente ser acogido por el lector de estas páginas.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE EDITAR
EN EL MES DE ABRIL DEL AÑO 2019, CON EL PROPÓSITO
DE SER COMPARTIDO CON LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA DE LA
UNIVERIDAD DISTRITAL FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS.

BOGOTÁ, 2019.



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>>
Este obra está bajo una <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>>licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.